

EL ADVENIMIENTO DE LA CASA DE AUSTRIA A LOS REINOS HISPÁNICOS



Emilio Callado Estela
(Editor)

Dykinson, S.L.

**El advenimiento
de la Casa de Austria
a los Reinos Hispánicos**

Emilio Callado Estela
(Editor)

El advenimiento de la Casa de Austria a los Reinos Hispánicos

Emilio Callado Estela
(*Editor*)

 *Dykinson, S.L.*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970/932720407

Este libro ha sido sometido a evaluación por parte de nuestro Consejo Editorial
Para mayor información, véase www.dykinson.com/quienes_somos

© Copyright by
Los autores
Madrid

Editorial DYKINSON, S.L.
Meléndez Valdés, 61 - 28015 Madrid
Teléfono (+34) 915442846 - (+34) 915442869
e-mail: info@dykinson.com
<http://www.dykinson.es>
<http://www.dykinson.com>

ISBN: 978-84-1377-632-3
Depósito Legal: M-20195-2021

ISBN electrónico: 978-84-1377-693-4

Preimpresión:
Besing Servicios Gráficos, S.L.
besingsg@gmail.com

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	13
---------------------------	----

EMILIO CALLADO ESTELA

PENSAMIENTO

<i>La escolástica tardía en el marco de la Casa de Austria</i>	19
--	----

JOSÉ LUIS CENDEJAS BUENO

LEÓN M. GÓMEZ RIVAS

1. ECONOMÍA: UN ESTADO DE LA CUESTIÓN	20
La Economía en la Escolástica española	20
Teoría del valor y precio justo	23
Teoría monetaria	26
La usura	29
2. LITERATURA SOBRE LA ESCOLÁSTICA ESPAÑOLA EN LA ENSEÑANZA SOBRE HISTORIA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO	32
Manuales generales y monografías extranjeras	32
Manuales españoles de pensamiento político	40
3. NOTA FINAL	46

<i>La otra escuela de Salamanca. Reflexiones en torno al poder del saber en la época de Carlos V</i>	47
--	----

CLAUDIA MÖLLER RECONDO

1. ALGUNAS PRECISIONES CONCEPTUALES Y DOCUMENTALES .	49
2. LA MONARQUÍA DE CARLOS, SALAMANCA Y LOS OMES SABIDORES	51

3.	LOS REYES A LA UNIVERSIDAD. LAS RELACIONES <i>EXTRAMUROS</i>	54
4.	(DE LOS REYES A LA UNIVERSIDAD)... Y DE LA UNIVERSIDAD A LOS REYES. LAS RELACIONES <i>INTRAMUROS</i> ...	57
5.	LOS <i>OMES SABIDORES</i> EN ACCIÓN: ¿PONER O NO PONER LÍMITES A LA CORONA?	59
6.	PARA IR CONCLUYENDO.....	65

***Los tratados sobre la pobreza en la monarquía hispánica*..... 67**

JAVIER LÓPEZ DE GOICOECHEA ZABALA

1.	LA REFLEXIÓN SOBRE EL <i>ORDO Oeconomicus</i>	68
2.	POTESTAD, DOMINIO Y POBREZA EVANGÉLICA	75
3.	POLÉMICA SOBRE LA POBREZA Y ESTADO MODERNO: <i>DE</i> <i>SUBVENTIONE PAUPERUM</i>	82

IGLESIA Y REFORMA

***El éxito efímero de Erasmo en la España del siglo XVI**..... 91**

FRANCISCO PONS FUSTER

1.	LA ERASMOFILIA INSACIABLE.....	92
2.	EL COMPORTAMIENTO DE LOS TRADUCTORES.....	95
3.	LA EVOLUCIÓN TERRITORIAL DEL ERASMISMO.....	98

Santo Tomás de Villanueva, un obispo según el ideal de la reforma católica*.. 103

EMILIO CALLADO ESTELA

1.	UN NUEVO EPISCOPADO PARA UNA NUEVA MONARQUÍA.....	105
2.	AGUSTINO ANTES QUE OBISPO.....	108
3.	<i>ARCHIEPISCOPUS VALENTINI</i>	112
	Visita pastoral, sínodo diocesano y colegio sacerdotal	114
	Oposiciones y resistencias	120

La Compañía de Jesús, su expansión en España y los primeros Habsburgo..... 129

JAVIER BURRIEZA SÁNCHEZ

1. DESDE PORTUGAL, LA LLEGADA A CASTILLA: EN LA CORTE DE FELIPE Y MARÍA..... 131
2. MARGARITA DE PARMA DESDE ROMA..... 136
3. LOS TIEMPOS DE DESCONFIANZA DEL EMPERADOR CARLOS. 143
4. EL FICHAJE *GALÁCTICO* DE FRANCISCO DE BORJA Y LA DIRECCIÓN SOBRE JUANA DE AUSTRIA..... 148
5. EL NOVICIADO DE SIMANCAS, UN EJEMPLO DE INTERVENCIÓN DE JUANA DE AUSTRIA 155
6. PROCURANDO LA SALVACIÓN DE LA REINA DOÑA JUANA 157
7. LOS SUCESOS DE 1559 Y LOS RUMORES SOBRE FRANCISCO DE BORJA 158
8. EL GOBIERNO DE BORJA SOBRE LA COMPAÑÍA DE JESÚS..... 165
9. LA PROYECCIÓN DEFINITIVA DE LA COMPAÑÍA EN LAS INDIAS..... 168
10. LA ÚLTIMA E INESPERADA MIRADA DE BORJA SOBRE LOS REINOS HISPANOS..... 170
11. JUAN DE AUSTRIA, CRIADO POR UNA *MADRE* DE LA COMPAÑÍA..... 175
12. CRONISTAS DE UNA CONSPIRACIÓN DENTRO DE LOS HABSBURGO 179
13. MARÍA DE AUSTRIA Y EL COLEGIO IMPERIAL..... 181

Ignacio de Loyola, la devotio moderna y la religiosidad femenina..... 187

ROSA M^a ALABRÚS IGLESIAS

**RENACIMIENTO:
ARTE Y CULTURA**

Una coyuntura internacional a propósito de un cuadro: 1526..... 207

ENRIQUE MARTÍNEZ RUIZ

1.	LA DIFUSIÓN DEL VIAJE DE CIRCUNNAVEGACIÓN.....	208
2.	LA BÚSQUEDA DE LA SOLUCIÓN A LA UBICACIÓN DE LAS MOLUCAS	214
3.	LA BODA DE LA DISTENSIÓN Y EL ACUERDO.....	216
4.	LA BODA IMPERIAL EN UN CUADRO	220

La cultura visual en un nuevo engranaje político: el caso del Reino de Valencia en torno a las Germanías..... 231

LUIS ARCINIEGA GARCÍA

1.	INTRODUCCIÓN. UN PARTICULAR MARCO HISTORIOGRÁFICO SOBRE LA CULTURA VISUAL.....	232
2.	EL CAMBIO DINÁSTICO: TRADICIÓN Y RUPTURA VISUAL.....	236
	Un caso de cierto desdén: San Pietro in Montorio.....	237
	Un caso de decidido interés: rey de Jerusalén	240
3.	DE REINO EN LA CORONA DE ARAGÓN A REINO EN LA MONARQUÍA HISPÁNICA	245
	La victoria sobre la Germanía: los ideales del imperio en el palacio condal de Oliva	247
	La relectura de la Germanía: la Cruz de la Victoria.....	251
	La aportación castellana a la victoria sobre la Germanía: Valencia del Cid	254
	La imposición confesional: de mezquitas a ruinas o iglesias.....	258
4.	EPÍLOGO	260

Arquetipos de reforma en la España del siglo XVI: el ejemplo de Prudenciano, soberano del Reino de la Verdad 263

MARCO ANTONIO CORONEL RAMOS

1.	INTRODUCCIÓN: EL ARQUETIPO UTÓPICO	264
2.	EL PARADIGMA UTÓPICO DEL S. XVI EN EL REINO PARA LA VERDAD	267
3.	UN MEMORIAL PARA UN MUY ESCLARECIDO PRÍNCIPE	270
4.	LA UTOPIÍA NACE DE LA CONVERSIÓN	281
5.	COROLARIO: EDIFICANDO LA UTOPIÍA	285

POLÍTICA Y CORTES

<i>La ciudad de Valencia y el cambio dinástico (1516-1542)</i>.....	295
--	------------

AMPARO FELIPO ORTS

1. LOS PRECEDENTES. EL AUTORITARISMO DE FERNANDO EL CATÓLICO.....	296
2. LA LLEGADA DE CARLOS I Y LOS PRIMEROS PROYECTOS DE REFORMA	297
3. LA GERMANÍA Y EL CONTROL DEL GOBIERNO MUNICIPAL: LOS JURADOS, EL RACIONAL Y EL SÍNDICO	302
4. FRACASO AGERMANADO, FORTALECIMIENTO MONÁRQUICO Y REPRESALIAS SOBRE LA OLIGARQUÍA.....	307
Los restantes oficios mayores.....	310

<i>Entre Fernando y Carlos: conflictos y violencia política en el Reino de Valencia (1516-1519)</i>	321
--	------------

PABLO PÉREZ GARCÍA

<i>Los inicios de la diplomacia de los Austrias en Oriente: los Tratados del Maluco</i>	353
--	------------

SUSANA GARCÍA RAMÍREZ

1. “EL LIBRO DE LAS PACES DEL MALUCO”	356
2. LAS PACES CON EL SEÑOR DE POLOAN.....	357
3. LAS PACES CON EL REY DE TIDORE.....	362
4. LA VISITA DEL HERMANO DEL REY DE TERNATE.....	366
5. RESCATE DE MERCADERÍAS EN TIDORE	368
6. CONVERSACIONES EN CASA DEL REY DE TIDORE	369
7. LA MEDIACIÓN DEL REY DE TIDORE	373
8. LAS PACES CON EL REY DE JILOLO.....	374
9. LAS PACES CON EL REY DE MAQUIAN.....	375
10. LOS JURAMENTOS EN TIDORE.....	376

Índice

11.	REUNIÓN DE LOS GOBERNADORES CON LOS REYES DE TERNATE	379
12.	LAS PACES CON EL REY DE BACHAN	380
13.	CONSECUENCIAS	383
 <i>Los archiduques Rodolfo y Ernesto y la sucesión de Felipe II</i>		387
FRIEDRICH EDELMAYER		

EPÍLOGO

<i>El mito comunero y la España que no pudo ser</i>	403
RICARDO GARCÍA CÁRCEL	

*La Compañía de Jesús, su expansión en España y los primeros Habsburgo**

JAVIER BURRIEZA SÁNCHEZ

Universidad de Valladolid

* Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación *La Catedral Barroca. Iglesia, sociedad y cultura en la Valencia del siglo XVII*, financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades del Gobierno de España (HAR2016-74907-R).

Son los jesuitas un observatorio privilegiado para contemplar a los Habsburgo en la Monarquía católica, dinastía a la que también podemos llamar de “Austria-Borgoña”. Llegaron tardíamente pues la aprobación de la Compañía de Jesús es de 1540. Sin embargo, hace quinientos años, en 1521, en el momento en que el emperador Carlos iba a iniciar lo que llamamos la “etapa de hispanización” de su reinado, tras la revuelta de las Comunidades, Íñigo de Loyola comenzaba un periodo que habría de culminar en los Ejercicios Espirituales, fruto del cambio que, en su vida, se había producido. Eso sí, la primera expansión de estos “teatinos” en Castilla y Aragón –nombre con el que se los conocía en los comienzos– se encuentra muy asociada a numerosas personas que componen la dinastía de los Habsburgo. Sin duda alguna, podría ser de gran interés analizar el conjunto del periodo pero nosotros, vamos a limitarnos a los primeros miembros, a los vinculados con el Emperador de manera más o menos directa: en el inicio sus hijos Felipe, María y Juana de Austria, los tres de una proyección muy notable a lo largo del siglo XVI. A través de sus personas, los Habsburgo –siguiendo la política matrimonial anterior de la corona de Castilla– viajaron a Portugal para volver a emparentar con la casa de Avís. En primer lugar, tras los matrimonios anteriores de Manuel I el Afortunado, Catalina de Habsburgo o de Austria iba a ser esposa de Juan III; hermano a su vez de Isabel de Portugal, la emperatriz por su enlace en 1526 con Carlos V hasta su muerte en 1539. El entonces príncipe Felipe también contrajo matrimonio en Salamanca en 1543 con la princesa María Manuela, su prima hermana, hija de los mencionados Juan III y doña Catalina. La pareja continuó hacia Valladolid y cuando los jesuitas ya habían llegado a aquella Corte dos años más tarde, la princesa moría después del parto de su hijo, el cual había recibido el nombre de su abuelo, el Emperador. Después estos monarcas portugueses recibieron a su sobrina Juana de Austria para que contrajese matrimonio en Toro con su hijo, convertido en príncipe heredero, don Juan Manuel, fallecido de manera precipitada antes de contemplar, por unos días, el nacimiento de su hijo, el futuro rey Sebastián I de Portugal.

María de Austria, la otra hermana de Felipe, continuó la no menos importante línea de la política matrimonial de la Monarquía: emparentar con su familia de Viena, en este caso con su primo Maximiliano, hijo del empe-

rador Fernando I. Inicialmente, la pareja vivió en Castilla como regentes, en ausencia del Emperador y de don Felipe, pero después hubieron de viajar al Imperio. Años después de la muerte de Maximiliano II, la emperatriz viuda emprendió camino de regreso hacia su tierra de nacimiento, con su deseado encuentro con su hermano Felipe II. Fue ella la que consolidó el domicilio de la Compañía en Madrid, el llamado Colegio Imperial de la calle Toledo. Con todo, no debemos olvidar la primera relación de los jesuitas con otra hija del Emperador, aunque nacida antes de su matrimonio: la conocemos habitualmente como Margarita de Parma por su esposo, y fue gobernadora de los Países Bajos.

En esta introducción no podemos olvidar el acercamiento que la entrada de Francisco de Borja en la Compañía de Jesús supuso para aproximarse, de alguna manera, con el emperador Carlos. El propio Borja fue llamado para ocuparse de la salud espiritual de la reina Juana de Castilla en su encierro de Tordesillas, requerido por sus nietos. Finalmente, podríamos hablar de la vinculación de Juan de Austria –entonces llamado “Jeromín”, otro hijo del Emperador nacido en este caso después de la muerte de la Emperatriz– con una fundadora de colegios de los jesuitas, Magdalena de Ulloa, así como de su hija Ana de Austria, que terminó siendo monja en las Huelgas Reales de Burgos, tras haber sido criada también por doña Magdalena. Todos ellos constituyen una primera etapa de las relaciones entre la dinastía y los jesuitas.

1. DESDE PORTUGAL, LA LLEGADA A CASTILLA: EN LA CORTE DE FELIPE Y MARÍA

Hasta el siglo XVIII en la Monarquía, los jesuitas no ejercieron en Castilla el ministerio de confesores de los reyes aunque, hasta entonces, intentaron acercarse en numerosas ocasiones a la conciencia real. Este oficio fue temprano con los de Portugal que fueron muy importantes en la presentación de la Compañía en Castilla. La reina Catalina de Austria y su esposo Juan III, llamado por algunos como “el Piadoso”, rey desde 1521 y hasta su muerte en 1557, contribuyeron a la primera expansión de Compañía¹. El monarca portugués tuvo mucho

¹ Los confesores reales se han venido estudiando en los últimos años: G. Nieva Ocampo, “El confesor del Emperador: la actividad política de fray García de Loaysa y Mendoza al servicio de Carlos V (1522-1530)”, *Hispania*, 251 (2015), pp. 641-668; M^a. A. López Arandía, “Dominicos en la corte de los Austrias: el confesor del rey”, *Tiempos Modernos* 20 (2010/1); E. Callado Estela, “El confesor regio fray Luis Aliaga y la controversia inmaculista”, *Hispania Sacra*, 137 (2016), pp. 317-326; J. Lozano Navarro, “Confesionario e influencia política. La Compañía de Jesús y

interés por contar con los primeros jesuitas en las Indias portuguesas. Él era hijo de Manuel el Afortunado y de su esposa María de Aragón, cuarta hija de los Reyes Católicos, primo hermano no solo de su esposa sino también del emperador Carlos, su cuñado. Es interesante, en primer lugar, destacar el papel de algunos jesuitas en los territorios portugueses como sucedió desde el principio con Simón Rodríguez o Luis González dâ Camara², donde no faltaron las controversias del primero y condujo al envío del segundo, como se lo expone Ignacio de Loyola al rey Juan III de Portugal³.

La propia llegada de los jesuitas, desde la base del colegio de Coimbra, pudo coincidir con la de la princesa María Manuela de Portugal para su matrimonio con su primo. Esto habría sucedido en 1543 si aquellos jesuitas que habrían de acompañarla –Pedro Fabro y Antonio de Araoz– no hubiesen enfermado. Con todo, Araoz ya había mantenido entrevistas anteriores con las hijas del Emperador, María y Juana⁴. La recomendación del monarca portugués no debía ser desaprovechada por Ignacio de Loyola. Así se lo confirmaban desde Portugal, “que no vaian á lumbre de paxas sino que la cosa vaia muy firme; que tengan con qué responder á las preguntas [...] Porque muy poco crédito se da el día de oi a las gentes. Aun las cosas claras y aprobadas las cumplan mal ó nunca”⁵. Portugal era, sin duda, una buena plataforma y, sobre todo, el men-

la dirección espiritual de princesas y soberanas durante el Barroco” en J. Martínez Millán, H. Pizarro Llorente y E. Jiménez Pablo (coords.), *Los Jesuitas, Religión, política y educación (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, 2012, vol. I, pp. 183-205.

² Simón Rodríguez. *Origen y progreso de la Compañía de Jesús*, Estudio introductorio, traducción a partir de los originales portugués y latino y notas, por Eduardo Javier Alonso Romo, Santander, 2005.

³ “El que lleua la presente es el P. Luis Gonçales [...] todauía me determiné de ymbiarle, pues allá no menos será útil su ministerio para el mesmo fin, y specialmente le ymbio para star á obediencia de VA, no le dando otro superior, porque más libremente pueda ocuparse en lo que fuere seruicio de VA á gloria diuina”, “Carta de Ignacio de Loyola a Juan III de Portugal”, Roma 22 octubre 1555, p. 28; “Se ymbía á Portugal con 12 otros scolares nuestros, sin Bernardo giappón, para satisfacer á la deuotión del rey y de los demás de aquel reyno, aunque acá su presentia nos era de mucha ayuda para el diuino seruicio”, en “Carta a la Compañía de Jesús universal”, Roma 22 octubre 1555, p. 29; e igualmente fue expuesto al príncipe portugués Luis y al cardenal-infante don Enrique; en MHSI, *Monumenta Historica Societatis Iesu*, Madrid, 1910, t. X.

⁴ “Del buen rrecibimiento de Doña Leonor y de las otras señoras, y cómo hablé a las Infantas, y los oratorios que me mostraron [...] y de mis prédicas que allí y en Valladolid y Burgos hize, scriví muy largo á VM; y porque no dudo que las cartas avrán ydo á buen recaudo y las avrá VM rescibido y por evitar prolixidad no lo rreytero”, en “Carta de Antonio de Araoz a los padres Ignacio de Loyola y Pedro Codacio”, Vergara 4 julio 1540, en MHSI, *Epistolae Mixtae I*, p. 5.

⁵ “Carta de Martín de Santacruz a Ignacio de Loyola”, Lisboa, junio 1544, en MHSI, *Epistolae Mixtae I*, p. 173.

cionado colegio de Coimbra, cantera de tantos jesuitas que alimentaron las nuevas fundaciones castellanas. Araoz confirma que en esos momentos vivían en ese centro unos sesenta religiosos⁶. Con todo, los monarcas portugueses habrían pretendido retener a Fabro y Araoz a su lado cuando se disponían a partir a Castilla: “es para dar incesables gracias á Dios nuestro Señor de la cristiandad y celo de estos príncipes [los reyes de Portugal] y del mucho concierto y reformation que en su corte tienen”⁷.

Portaron definitivamente, en su equipaje, las cartas recomendatorias de Juan III dirigidas a su yerno el príncipe Felipe. Una etapa previa hicieron los Padres antes de entrar en la Corte. Fue en Salamanca donde pudieron conversar con el dominico fray Francisco de Vitoria. Era un 18 de marzo de 1545 cuando Araoz y Fabro divisaron las torres de las quince parroquias de Valladolid. Los planes de Ignacio de Loyola eran claros y así lo refleja en las cartas a Pedro Fabro: deseaba que ambos jesuitas, de grandes recursos dentro de la naciente Compañía y muy complementarios, permaneciesen cerca de un año trabajando entre los nobles y el alto clero que se congregaban en torno al príncipe Felipe⁸. Sin embargo, los acontecimientos tornaron estos planes iniciales. “Fuimos con mucha demonstración rescuidos, allando por la bondad del Señor personas mucho inclinadas á la Compañía”⁹. Como indica Araoz en la primera carta que escribió desde Valladolid, uno de los atractivos de esta Corte era la reunión de futuros apoyos para la Compañía que facilitasen su establecimiento en Castilla y Aragón. La correspondencia detalló el trato con

⁶ “Ay tantos que desean entrar, que avn a mí, pensando seria parte, aviéndome oydo algunos sermones los ocho días que allí estuve, venían algunos para que yntercediese por ellos, siendo personas de edad y talento, al parescer muy acertadas; más a lo que veo y me dizen, son tantos y tales, que no sólo ay que rescuiir, más que escoger, teniendo en todo el buen Mtre. Simón mucho zelosa experiençia y xpiano cuydado, cosa para alabar á nuestro Señor. Ellos están en mucha orden y concierto, y en tanta copia y abundancia temporal, que bien se muestra el amor y particular provisión que su Alteza tiene. Sean hechas gracias al autor de todo bien. Andan todos vestidos de negro, con sotanas largas, manteos, con capillas y bonetes, segund el vso de aquí, muy modestos”, en “Carta de Antonio de Araoz a Ignacio de Loyola”, Almeirino 26 abril 1544, en MHSI, *Epistolae Mixtae* I, p. 162.

⁷ “Carta de Antonio de Araoz a Ignacio de Loyola”, en MHSI, *Epistolae Mixtae* I, p. 169.

⁸ “Cartas de Ignacio de Loyola a Pedro Fabro”, Roma 15 julio 1545, Roma 16 julio 1545, pp. 310-312; “Y porque yo escriuí, que por vn año sería bien estuiúsedes donde el príncipe [Felipe], y en las comarcas donde os pareciesse mejor, lo podréis hazer en todo”, en “Carta de Ignacio de Loyola a Antonio de Araoz”, Roma 24 julio 1545, en MHSI, *Monumenta Ignatiana* I, p. 312.

⁹ “Carta de Antonio de Aroz a Ignacio de Loyola”, Valladolid, 25 marzo 1545, en MHSI, *Epistolae Mixtae* I, pp. 202-203.

las jerarquías eclesiásticas, desde el nuncio Poggio, el cardenal Juan de Tavera e incluso el que entonces era obispo de Cartagena, Juan Martínez Siliceo, tan hostil después con los jesuitas. No menos importantes resultaban las primeras clientelas nobiliarias, entre ellos muchos portugueses que habían acompañado a la princesa María hasta Castilla. Sabían que debían apoyar a estos dos Padres, los “apóstoles” como los denominaban en Portugal, para cumplir los deseos de su monarca¹⁰. Algunas damas nobles como es el de caso de María de Mendoza, esposa del comendador mayor de León, Francisco de los Cobos, deseaba que Araoz predicase en la iglesia de la cofradía del Rosario, “que es la yglesia del palacio que son sus casas donde el Príncipe posa”¹¹. Tras su contacto con Juan de Zúñiga, el ayo del heredero, Araoz informaba a Ignacio de Loyola que algunos nobles y eclesiásticos se habían decidido a realizar los Ejercicios ignacianos.

“Maestro Fabro a confesado algunas Damas en Palacio. Yo, con tener confesiones, acabo vna hora de predicar en La Antigua [Santa María La Antigua], y me an, con ser la principal parrochia desta Corte, ofrescido el púlpito, aunque para el viernes me tiene preuenido para San Martín; miese se apareja. Plegue al Señor dar espíritu y virtud á los operarios”¹².

Era costumbre entre estos dos religiosos el trabajar por separado en sendas actividades de las que cada uno obtenía un partido muy diferente: Araoz con sus sermones y el poder de la palabra, mientras que Fabro era más cercano al confesionario y a organizar los mencionados Ejercicios “á gente más escogida”. De esta manera, nobles cercanos al Príncipe, eligieron a este último

¹⁰ “De los Portugueses que están con la Princesa [María Manuela de Portugal] somos muy amados, porque allá en Portugal ya teníamos mucho conoscimiento; que avn la dominica vltima que prediqué, me hizieron predicar el mismo día en cinco partes, como por despedida; y después, en el vltimo lugar del reyno, queriéndonos hazer detener por esta Quaresma, no pudiéndonos predicar más de vna vez, Nuestro Señor hizo tal moçión, que muchos quisieran seguirnos, sy les permitiéramos”, en “Carta de Antonio de Aroz a Ignacio de Loyola”, Valladolid, 25 marzo 1545, p. 204, en MHSI, *Epistolae Mixtae* I, p. 204.

¹¹ Será la misma a la que se refiera la madre Teresa de Jesús en las Fundaciones cuando narra el recibimiento que la mencionada María de Mendoza las realiza a ella y a sus monjas, tras haber enfermado todas ellas en el primer emplazamiento de su fundación vallisoletana, en Río de Olmos, en la finca de recreo de su hermano Bernardino de Mendoza. Pero no debe identificarse con la llamada iglesia del Rosarillo, donde terminarían confluyendo desde el tiempo de Felipe III las cofradías del Rosario por una parte y la de San Cosme y San Damián con su Hospital por la otra, cfr. M. Alcocer y Martínez, *El Rosarillo. Estudio histórico de la cofradía de San Cosme y San Damián, antes y después de su unión con la de Nuestra Señora del Rosario*, Valladolid, 1926.

¹² “Carta Antonio de Araoz a Ignacio de Loyola”, Valladolid, 25 marzo 1545, en MHSI, *Epistolae Mixtae* I, p. 203.

jesuita como confesor habitual. Fue el caso de Gonzalo Pérez, futuro secretario de Estado y padre del polémico Antonio Pérez. Señala Antonio Astrain que los resultados de Fabro eran menos ruidosos que los de su compañero; sus acciones se comentaban menos que los sermones pero alcanzaban mayor solidez¹³. Araoz vuelve a comunicar noticias desde Valladolid, “dezíame vn caballero amigo mío que ay mucho rumor de nosotros ad bonum”¹⁴. Los jesuitas se vieron impresionados, o al menos así lo comunicaron, acerca de la sacralización de los comportamientos de esta Corte: “hay mucha religión entre estos cortesanos tanto, que, a unos llaman claustrales, a los más recogidos, observantes y á los más espirituales, capuchinos [...] El príncipe, a lo que parece, y también nos ha dicho el obispo de Cartagena, los cuatro días de Semana Santa no comió pescado, ni huevos, ni conservas. Es muy bien inclinado”¹⁵. Sin duda, una buena oportunidad para que los jesuitas se prodigasen por palacio y prolongasen las conversaciones con los príncipes, unos adolescentes por aquel entonces: “scribimos también del mucho amor con que Sus Altezas fuimos y somos siempre rescividos, dándonos quando les vamos a hablar, grata abdiencia. Es para alabar al Señor quán afectados son á las cosas desta Compañía y á toda virtud y cristiandad”¹⁶; “la affection y voluntad que la Princesa tenía a la Compañía era como de cuya hija era. La que el Príncipe tiene, no es menor”, subraya Araoz al padre Bartolomé Ferrón¹⁷. “Avnque de tierna edad, procuran el bien spiritual de sus súbditos con mucho exemplo, de que estos Reynos están muy contentos”.

A medida que la estancia de estos dos jesuitas en Valladolid se iba prolongando, los ministerios por ellos desarrollados se multiplicaron. Moraban, gracias a la iniciativa de los príncipes, junto a la mencionada iglesia de Santa María La Antigua, cercana al Valladolid eclesiástico de la Abadía –que se habría de transformar en Catedral desde 1595– y de la Universidad. Junto a todos estos apoyos, incluido de los regidores, también aparecieron las primeras oposiciones, procedentes del que era por entonces regente de estudios en el Colegio de San Gregorio, fray Melchor Cano, que dominaba bien la publi-

¹³ A. Astrain, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, Madrid, 1912, p. 247.

¹⁴ “Carta de Juan Bernal Díaz de Luco a Ignacio de Loyola”, Valladolid 10 abril 1545, en MHSI, *Epistolae Mixtae* I, p. 212.

¹⁵ “Carta de Juan Bernal Díaz de Luco a Ignacio de Loyola”, Valladolid 10 abril 1545, en MHSI, *Epistolae Mixtae* I, p. 212.

¹⁶ “Carta de Antonio de Araoz a Ignacio de Loyola”, Valladolid, 29 junio 1545, en MHSI, *Epistolae Mixtae* I, pp. 223-224.

¹⁷ “Carta de Antonio de Araoz a Bartolomé Ferrón”, Madrid 3 mayo 1546, en MHSI, *Epistolae Mixtae* I, p. 271.

cística de los sermones. En contraposición, disponían del acercamiento de algunos inquisidores, en el Tribunal más amplio geográficamente de Castilla, como era el de Valladolid. Pero hubo un giro de los acontecimientos.

La princesa María de Portugal se encontraba próxima al término de su embarazo. A principios de julio se produjo el parto del que nació el primogénito del matrimonio, el que habría de ser el futuro príncipe don Carlos, entonces infante. Resultado de aquel parto fue la muerte de su madre. Los jesuitas dieron la sensación que habían permanecido muy cerca de los príncipes en estos últimos días, hasta tal punto que Fabro envió a Juan III de Portugal, padre de la princesa, un testimonio sobre el dolor que Castilla experimentó tras el paso efímero de María de Portugal. El acontecimiento provocó la salida de Felipe hacia Madrid. Mientras Araoz deseaba visitar los colegios que se fueron estableciendo en Castilla, sobre todo la casa de Alcalá de Henares, Fabro se convirtió en un cortesano más, siguiendo al joven Felipe. La última de las cartas fechadas en Valladolid, por parte del saboyano, data del 11 de septiembre de 1545. La labor de estos dos religiosos en la villa del Pisuerga, a pesar de aquellas distancias, llegó a los oídos del entonces duque de Gandía, Francisco de Borja, “del fruto que se hazía en Valladolid den los ángeles gracias al Señor, y lo mesmo sea servido se haga en Madrid”¹⁸. Sin duda, los jesuitas habían dejado en Valladolid toda una estela de apoyos que Fabro se los detalla minuciosamente desde Madrid al padre Ignacio: el nuncio Poggio, Leonor de Mascareñas, Juan de Zúñiga, los obispos de Palencia y Lugo, los condes de Osorno, el regidor Hernando de Vega, los consejeros de la Inquisición y el secretario Gonzalo Pérez. Ellos eran, como señala Pedro Fabro, los que “nos quieren y fauoreçen”. En Valladolid, también comenzaba la trayectoria de su colegio, casa de residencia de jesuitas, lecciones de preparación y repaso para los jesuitas en formación mientras asistían al colegio de los dominicos de San Gregorio. Al mismo tiempo en Castilla se desarrollaba su expansión.

2. MARGARITA DE PARMA DESDE ROMA

Antes de llegar al Emperador a través de Borja, no podemos olvidar los lazos estrechos de Margarita de Parma con la Compañía de Jesús, una de las mujeres que más ayudó a Ignacio de Loyola en los primeros años de la Compañía como ha aseverado Gil Ambrona. Desde Roma, los jesuitas se acercaron a una

¹⁸ “Carta del duque de Gandía a Pedro Fabro”, Alfiap 15 septiembre 1545, en MHSL, *Borgia III*, p. 9.

de las primeras mujeres de los Habsburgo, conscientes de la importancia que ésta poseía en las relaciones con su padre. Precisamente con él, no habían faltado conflictos importantes a cuenta de los territorios de Parma y Piacenza, en el equilibrio y presencia de los Habsburgo en Italia, coaligados o no con el Papado. Margarita de Parma, como se la va a conocer habitualmente por el título recibido de su segundo esposo, fue colaboradora intensa pero también dirigida por Ignacio de Loyola. Por ello, terminó recibiendo el apelativo, junto con otras, de “madres de la Compañía”. Esta hija de Carlos V, había nacido en el comienzo del invierno de 1521 fruto de las relaciones con Juana van der Gheynst, dama de confianza de la señora baronesa de Montigny e hija a su vez de un fabricante de tapices de la ciudad de Nukerke, mientras el Emperador estuvo alojado en el castillo de dicho barón, en el tiempo en que se desarrollaba el sitio de Tournay¹⁹, en guerra contra Francia. Fue legitimada cuando hubo cumplido los siete años y fue entonces cuando, de su educación, se encargó una de las mujeres más principales de la dinastía, la misma que había desempeñado este papel con su padre y gobernadora de los Países Bajos, su tía abuela Margarita de Austria, a la cual quizás debía el nombre. Su tía y educadora había pasado, gracias a sus matrimonios, por las principales Cortes europeas por lo que era conocedora de las distintas formas de hacer política de su tiempo. Actuó de maestra de sus sobrinas más próximas, hermanas del futuro Emperador y después reinas consortes de Hungría, Francia, Portugal o Dinamarca, además de gobernadoras de los territorios de los Habsburgo²⁰. El modelo que Margarita de Austria (viuda del heredero frustrado de los Reyes Católicos) continuaba, aunque con matices, era el que había plasmado en su obra Juan Luis Vives, “De institutione feminae christianae” –“Instrucción de la mujer cristiana”²¹–, dedicado a la reina Catalina de Aragón (esposa de Enrique VIII de Inglaterra) y escrito para la educación de su hija María Tudor, futura reina de aquella corona. Y decimos con matices porque desde aquella Corte de Malinas se impulsaba la educación artística, el gusto por la belleza y el apoyo y mecenazgo por las artes que fue haciéndose hereditario entre estas mujeres. Una misión que, a su muerte en 1530, la continuó su sobrina

¹⁹ C. Sanz Ayán, “Parma, Margarita de”, en *Diccionario Biográfico Español*, Madrid, 2012, t. XL, pp. 144-149. Una semblanza breve pero muy interesante A. Gil Ambrona, *Ignacio de Loyola y las mujeres. Benefactoras, jesuitas y fundadoras*, Madrid, 2017, pp. 340-341.

²⁰ A. Fernández Valencia, “Educación y redes femeninas en la dinastía Habsburgo-Trastámara”, en M^a. L. Sánchez Hernández (ed.), *Mujeres en la Corte de los Austrias. Una red social, cultural, religiosa y política*, Madrid, 2019, pp. 102 y ss.

²¹ J.L. Vives, *Instrucción de la mujer cristiana*; introducción, notas, revisión de Elisabeth Teresa Howe, Madrid, 1995.

María de Austria o de Hungría –viuda de Luis II desde la batalla de Mohacs–, también mujer de gran inteligencia, muy activa en los acuerdos matrimoniales que Carlos V concertaba para los miembros de la familia y de los cuales la joven Margarita de Austria-Parma no fue ajena. De ahí que su formación esmerada fuese de gran utilidad, con el aprendizaje de numerosas lenguas, conocimiento de la pintura y de la música, de la cual era intérprete.

Gracias al convenio que existió entre Carlos V y el papa Clemente VII Médicis, se acordó su matrimonio con un pariente del pontífice, el primer duque de Florencia, Alejandro de Médicis. Era una forma de enlace matrimonial entre la casa ducal y la del propio Emperador. Un matrimonio que resultó terrible para la vida de Margarita de Austria –que es como la hemos de llamar todavía–, aunque enviudó pronto ya alejada de la presencia de su esposo. Carlos V contaba con nuevos planes para con su hija, pieza esencial para mantener el requerido equilibrio del que era menester en los estados italianos, tan importantes en la Monarquía. Tenía que continuar estrechando los lazos con el nuevo Papa desde 1534, en esta ocasión con Paulo III Farnese –precisamente el pontífice que había aprobado la Compañía de Jesús–. Para ello, se concertó en 1538 el matrimonio de Margarita de Austria con el nieto del pontífice, Octavio Farnesio. Un matrimonio desigual respecto a la madurez mental de los contrayentes –como expone Carmen Sanz²²–. Y ahí entraba el propio Ignacio de Loyola, que con una “gran y fatal influencia” sobre ella la condujo a consumar un matrimonio con una persona a la que detestaba y eso que, como veremos, el preposición general de la Compañía no fue su confesor primero y más inmediato. Se casaron en el Palacio del Vaticano en noviembre de 1538. Dos semanas después, Paulo III apoyaba a los jesuitas en la defensa que de sí mismos debían realizar ante tantos rumores que circulaban en torno a ellos.

Tras la participación de Octavio Farnesio con Carlos V en la campaña de Argel (1540-1541), con una prolongada ausencia de éste de Roma, el Papa concedía a su hijo –y padre de Octavio– el ducado de Parma y Piacenza. En 1545, Margarita –que habría de ser conocida ya como Margarita de Parma– fue madre de dos mellizos, Alejandro y Carlos. Solamente el primero de ellos, bautizado por Ignacio de Loyola, llegó a edad adulta pues Carlos, tras ser acristianado con urgencia por la partera murió a los pocos meses. Pedro de Ribadeneira hizo una detallada crónica del parto, después de que Ignacio administrase los sacramentos a Margarita de Parma y permaneciese a la puerta de la estancia. Y así se lo comunicaba a Pedro Fabro y Antonio de Araoz:

²² C. Sanz Ayán, “Margarita de Parma”, en *Diccionario Biográfico Español...*, pp. 144-145.

“El jueves pasado que fué a los 17 deste presente mes de Agosto, cumpliéndose la voluntad diuina, madama parió dos hijos. Más, porque sé que en el Señor nuestro mucho os gozaréis en saber las particularidades del parto, siendo de tanta edificación con la ayuda de Dios NS para su honrra y gloria, pienso en la presente breuemente narrar algunas dellas.

Primeramente el jueves, como digo, á veinte horas del día vinieron en grande priessa ha llamar á Mtro. Ignacio por parte de madama; y Mtro. Ignacio tendo allá, madama se confessó con él, después oió misa y comulgóse, y por gracia de Dios NS estava tan dispuesta, que dize Mtro. Ignacio, que se halló presente, que al recebir del santísimo sacramento estava tan llena de lágrimas, [que] no solamente por los hojos, más por las narizes y cara le corrían en gran copia; tanto, que era para mover es grandíssima devoción á los asistentes. Luego, inmediate que hubo recebido el santísimo sacramento, pareciendo más cosa diuina que natural, sintiendo las criaturas que estaban en el vientre la presencia de su criador y señor, la qual la madre avía recebido, exultauerunt infantes in Gaudio in vtero suo. Le començaron á venir ciertos dolores no rezios, y así estuvo, medio con dolores, medio dormiendo, hasta hora de vísperas. Después, en començándole á venir las grandes dolores, Mtro. Ignatio se fue á la capilla ha hazer horación; y estando él allí, uinieron todas las damas para hazer también oración, y así estaban todos juntos. En esto vino la señora doña María de Mendoça á buscar á Mtro. Ignacio para rogarle que hiziese oración muy caldamente, porque entonces eran la fuerça de los dolores. Desde vna hora que estuvieron en la capilla, vino vna diciendo que ya avía parido vn hijo; y desde á vn poquito vino otra diciendo que ya avía parido otro hijo. Después las damas partiéndose, Mtro. Ignacio quedó solo en la capilla, y desde á vn rato que hubo echo oración, vino á la cámara de madama, y estando allí, madama envió á dextr que bautizasen las criaturas; y queriéndolas bautizar, hallaron que la partera, en sacando parte del cuerpo del primero, por el peligro que avía, le bautizó y fue llamado por nombre Juan Carlos; y al 2º quisieron que Mtro. Ignatio le bautizase; y así, estando allí presentes el señor Otavio, la duquesa de Castro y otras señoras, traiendo el mismo señor Otavio el agua para bautizarle y respondiendo al bautismo, Mtro. Ignatio le bautizó, y fue llamado Juan Paulo. Fueron tantas las gracias que el señor Otavio, la duquesa de Castro con las demás hizieron á Mtro. Ignatio, que era vna cosa maravillosa, atribuyendo á sus oraciones el buen suceso del parto. Mtro. Ignacio estuvo allá dende la mañana asta que hubo parido, y en la cámara donde estava madama no dexavan entrar á ninguna persona, sino á la duquesa de Castro, á doña María de Mendoça y á Lope de Guzmán, su marido, que es gobernador de madama, y á Mtro. Ignacio, con otras dos que servían.

Después del parto, viniéndose Mtro. Ignacio á casa, en cenando voluió allá. Madama quiso que Mtro. Ignacio con la grande devoción que en él tiene, que dixese á cada vna de las criaturas vn evangelio, y assí lo hizo; y así ahora, á juicio de los que más entienden en la materia, todos tres, madre e hijos, se hallan muchos buenos. Plega á la santísima Trinidad que el placer y alegría, que en la tierra se a mostrado por el nacimiento dellos, entre los ángeles en el cielo se muestre, y mucho mayor, siéndoles revelado que son predestinados y escritos in libro uitae.

Por amor y reverencia de Dios NS los tengáis por mucho encomendados en vuestras asiduas y deuotas oraciones y santísimos sacrificios, para que sean para su santísimo servicio, alabança y gloria. Quien por la de su infinita y suma bon-

dad nos quiera dar su gracia cumplida para que su santísima voluntad sintamos, y aquella enteramente la cumplamos. De Roma 29 de agosto 1545. Vuestro en el Señor nuestro indinno sieruo. Pedro de Ribadeneira”²³.

La concesión del ducado de Parma a Octavio Farnesio rompió el equilibrio italiano y provocó el asesinato del hijo del Papa por Ferrante Gonzaga. Tardó su abuelo en reconocer el ducado de Parma a su nieto. Título que provocó, con Julio III, importantes controversias posteriores que alcanzaron una dimensión internacional y que enfrentó a los Farnesio con Carlos V y su aliado pontificio. Con todo, las relaciones entre Margarita y su padre no se rompieron a través de una abundante correspondencia en la que ella daba cuenta de las cuitas de la vida familiar ¿Habían entrado los jesuitas en todo ello?

“Mi señora en el Señor nuestro. La suma gracia y amor eterno de Cristo N.S. salute y visite á V.E. con sus santísimos dones y gracias espirituales. Aunque, después de la partida de VV.EE. de Roma para su ciudad, no se ha partido de mi ánima el deseo, ni partirá en cuanto yo viviere, con la ayuda de Dios NS, de que su divina y suma bondad enderezase y prosperase las cosas todas de VE y el señor duque Octavio y el señor don Alexandro, como para la suma felicidad de VV.EE. y su servicio y gloria más conviene, y esta sea la visitación mejor, que de mis pocas fuerzas puede esperarse; todavía me pareció en el Señor nuestro debía con esta breve letra visitar á VE y decirle me he alegrado mucho en su divina majestad de entender que están mucho bien de salud corporal VV.EE., esperando, en el que es verdadera salud y vida nuestra, que se la habrá también dado y dará espiritual, que es la que más importa. Y así se lo suplicaremos continuamente nosotros, de quienes, como de cosa suya, sé que holgará VE de saber, ultra del general deseo de caridad que para con todos tiene.

Estamos bien y las cosas de la Compañía en el servicio divino van en aumento en todas partes. Plega á la infinita y suma bondad de Dios NS aumentar en todas sus criaturas el honor y gloria suya y darnos á todos su gracia para que su santísima voluntad siempre sintamos, y aquella enteramente cumplamos. De Roma, 16 de agosto de 1550.

De VE humilísimo y perpetuo siervo en el Señor nuestro. Ignacio Jhs. A mi señora en el Señor nuestro madama Margarita de Austria, duquesa de Parma y Placencia, mi señora”²⁴.

²³ “Carta de Pedro de Ribadeneira a los padres Pedro Fabro y Antonio Araoz”, Roma 29 agosto 1545, en MHSI, *Monumenta Ignatiana. Epistolae et Instructiones I*, Madrid, 1903, pp. 315-317.

²⁴ “Carta de Ignacio de Loyola a Margarita de Austria”, Roma 16 agosto 1550, en MHSI, *Monumenta Ignatiana III*, pp. 146-147.

Margarita de Parma fue hija espiritual de los jesuitas, inicialmente del padre Jean Coduri o Codure, uno de los cofundadores de la Compañía de Jesús, fallecido en Roma en 1541²⁵. Después será Diego de Laínez, que le acompañó a Luaques para recibir a su padre, el Emperador. Al mismo tiempo, muy probablemente, esta hija de Carlos V contribuyó a que el abuelo de su esposo, que era el papa Paulo III, aprobase la Compañía en 1540 y, sobre todo, pudo alentar a que su padre, el Emperador, comenzase a superar la reticencia que sentía hacia los nacientes jesuitas²⁶. Primero participó de las inquietudes y preocupaciones de apostolado de Ignacio de Loyola en esos sus primeros años romanos; entregó continuadas cantidades de dinero y su cuñado, el cardenal Alejandro de Farnesio –que confiaba más en ella que en su hermano Octavio– sufragó la construcción de la iglesia de Il Gesù en Roma, siendo enterrado en el altar mayor del templo²⁷. Con diferentes ayudas, entre ellas, las de Margarita de Parma, fundó Ignacio en 1544 el Asilo o Monasterio de Santa Marta con el objetivo de acoger e incluso preservar a aquellas muchachas que las circunstancias sociales de pobreza y miseria las convertían en presas fáciles para la prostitución o que, arrepentidas, deseaban regresar en compañía de sus esposos. Tampoco fue ajena a labores asistenciales en la Casa de los Catecúmenos de Roma, donde eran acogidos los judíos conversos que se preparaban para el bautismo, sin olvidar la atención a los huérfanos, así como otros trabajos de los jesuitas de los que estaba informada²⁸. Fue, por

²⁵ M. Colpo, “Jean Codure”, *Archivum Historicum Societatis Iesu* (AHSI) 59 (1990), pp. 315-322, C. Dalmases, “Juan Codure autor probable de la explanación de los Ejercicios atribuida a Polanco”, *Archivum Historicum Societatis Iesu* (AHSI) 37 (1968), pp. 145-151; Idem, “Coduri (Codure) Jean”, en Ch. O’Neill y J.Mª Domínguez, *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, Madrid-Roma, 2001, t. I, p. 833.

²⁶ “Por otra parte, de aquí [Roma] ha scritto madama [Margarita de Austria-Parma] a la corte del emperador; y á quienes se encomendó negocio han respondido que atenderían y se haría lo que se pretendía de su parte de los mil ducados”, en “Carta de Ignacio de Loyola a Jerónimo Domenech”, Roma 2 abril 1548, en MHSI, *Monumenta Ignatiana II*, p. 71.

²⁷ La continuación de proximidad prosiguió en el nieto de Margarita de Parma, Odoardo Farnesio, que siguió el modelo de su tío abuelo, fue cardenal de la Iglesia romana, obispo de Frascati y gran mecenas. Cuando murió en 1626, fue sepultado también en Il Gesù de Roma.

²⁸ “Scríuese [sobre el Colegio Complutense] que, si el Dr. Vergara otorga el poder (et non alias) por vía del duque [de Gandía] ó suya ó entrambas, haga que se scriua al príncipe [Felipe], ó se procure con Gonzalo Pérez, secretario, que aya letras del príncipe para el papa [Paulo III], su embaxador [Diego Hurtado de Mendoza] y madama [Margarita de Austria-Parma], sobre esta vnión”, en “Carta de Ignacio de Loyola a Antonio de Araoz”, Roma 4 septiembre 1548, en MHSI, *Monumenta Ignatiana II*, p. 220. “Fuera de cardenales, madama [Margarita de Austria-Parma], hija de SM y el obispo de Como, que es Bernardino de la Cruz, pueden mucho ayudar y por ventura más que los cardenales para algunos efectos; y nómbrense muchos, más tomará V. Sría los que mandare”, en “Carta de Ignacio de Loyola a Francisco de Borja”, Roma 11 octubre 1549, en MHSI, *Monumenta Ignatiana II*, p. 560.

tanto, una de las “colaboradoras en el trabajo apostólico” junto con Leonor de Osorio, esposa de Juan de Vega, el embajador del Emperador ante la Santa Sede. Son mujeres que acudieron a Ignacio de Loyola en busca de consejo espiritual pero que también le ayudaron de muy diversas formas en esos primeros ministerios que se plantearon en la Ciudad Eterna. Meses después, cuando los jesuitas estaban en Valladolid, Araoz escribía a Ignacio de Loyola sobre la necesidad de duplicar el número de las que estaban alojadas en la “casa de las Convertidas”²⁹. En torno a estos trabajos se desarrolló la primera vinculación ministerial de mujeres que deseaban constituir una rama femenina de la Compañía –recordemos a Isabel Roser–, aunque Ignacio de Loyola no consideraba que ciertos ministerios asociados a los jesuitas pudiesen ser realizados por mujeres.

A pesar de los anteriores problemas geoestratégicos de los Farnesio y de la colaboración en la batalla contra la prostitución en Roma, la vinculación de Margarita de Parma con su dinastía y con los jesuitas fue más allá. Junto a su hijo Alejandro de Farnesio asistió a la abdicación de Carlos V en Bruselas. Deseaba entrevistarse tanto con él como con su hermano, con el que se embarcó en la primavera de 1557 hacia Londres y donde pudo conocer a la reina inglesa con la que mantuvo también correspondencia. De Felipe II obtuvo un acuerdo para los territorios italianos. Alejandro Farnesio, según las conversaciones que desarrolló el duque de Alba con Octavio Farnesio, sería enviado a Castilla donde se habría de educar junto con su tío Juan de Austria. El propio Felipe, todavía en Bruselas, propuso a su hermana Margarita que se encargase de la regencia o gobernación de los Países Bajos como lo habían hecho sus “tías formadoras”, las mencionadas Margarita de Austria y María de Hungría. Ella había nacido allí y había permanecido muy cerca de la segunda, que falleció en 1558 –en pocos días murieron el emperador Carlos en el monasterio de Yuste y sus hermanas Leonor y María–. Los Estados Generales de los Países Bajos (el 7 de agosto) recibían como gobernadora a la duquesa de Parma.

Fueron casi diez años de intensa presencia en los cuales favoreció el impulso de la Compañía de Jesús en los Países Bajos, entre 1559 y 1567. Cuando

²⁹ “Cerca de la expedición de las gracias para el monasterio de las convertidas de Valladolid, demás de ser la cosa tan pía, dignándose V.A. [Felipe II] en, andarme, en lo que me ha sido posible según mi poco ser y menos valer, me persuado no haber faltado á gloria divina. Agora, quitándose todas las dificultades, y del todo despachado de parte de S.S, Juan de Vega teniendo el asunto principal, tienen en cuidado de embiarle a V.A., no pareciéndole que Minaya (como no se ha sabido gobernar) lo llevase. Si V.A. será servido de entender más en particular esta parte y en lo que resta, maestro Fabro está assaz al cabo de todo”, en MHSI, *Monumenta Ignatiana I*, pp. 361-362.

recibió en este último año, al duque de Alba con un ejército de diez mil veteranos españoles, Margarita de Parma pidió su retiro y su regreso a Italia, con una vida más alejada de las decisiones políticas. Felipe II la volvió a proponer el gobierno de los Países Bajos tras la muerte de Juan de Austria en 1578, encomendando las competencias militares a su hijo Alejandro Farnesio. Doña Margarita se encaminó hacia Bruselas en 1580 pero Alejandro Farnesio no quería desarrollar este gobierno compartido por lo que un nuevo decreto de 31 de diciembre de 1581 le otorgaba a este príncipe plenas competencias civiles y militares. Margarita de Parma deseaba regresar a Italia pero Felipe II no se lo concedió hasta 1583. Murió en Ortona (Italia) en 1586. En su tumba, en la iglesia de San Sixto de Piacenza se podía leer “*quae Philippi Hispaniarum regis fratris / nomine Belgio Mansuetudine prefuit*”: “aquella que gobernando Bélgica en nombre de Felipe, Rey de las Españas, consiguió la Paz”.

3. LOS TIEMPOS DE DESCONFIANZA DEL EMPERADOR CARLOS

La Compañía de Jesús era una orden religiosa nueva en la última etapa del reinado de Carlos V. En el Emperador existió una notable desconfianza hacia los jesuitas, que en parte fue matizada por su hija Margarita –como hemos mencionado– pero también por el que había sido su hombre de confianza, Francisco de Borja, duque de Gandía y marqués de Llombay, sin olvidar las visitas que había realizado Araoz a las princesas María y Juana, mientras estaba resolviendo problemas internos de Ignacio de Loyola.

Numerosas han sido las páginas dedicadas a la “vocación y conversión” de este noble, tan asociadas a la muerte de la emperatriz Isabel de Portugal, constantes en la literatura hagiográfica. Enrique García Hernán lo ha identificado con la definición de Borja como un hombre de servicio a la Monarquía, en el que se incluía su condición de hombre de gobierno, sin abandonar nunca su naturaleza. Primogénito del tercer duque de Gandía, bisnieto de los Borja por una parte y de los Trastámara de Aragón por la otra; permaneció junto a Catalina de Habsburgo en el encierro de Tordesillas hasta que emprendió viaje a Portugal para contraer ésta matrimonio con Juan III; desde 1528 vivió en la Corte de Carlos V, fue marqués de Llombay, caballero mayor de la emperatriz Isabel de Portugal, la cual le otorgó para su matrimonio a su dama de honor la portuguesa Leonor de Castro que se habría de convertir en camarera de honor de doña Isabel, al mismo tiempo que era madre de ocho hijos. Fue Borja el acompañante, en su regencia, de la Emperatriz en ausencia de Carlos V; no participó en la campaña de Túnez sino en la desafortunada de Provenza. Después acompañó los restos de doña Isabel

hasta Granada y allí se produjo la escena a la que nos hemos referido anteriormente, quizás la impresión vital que le produjo este acontecimiento en un hombre de veintinueve años. Muy pronto ejerció de virrey de Cataluña y, coincidiendo con la muerte de su padre, Carlos V quiso confiarle la mayordomía de María de Portugal, que emprendía su viaje a Castilla para contraer matrimonio con el príncipe Felipe. A esta intención se opusieron los monarcas portugueses, quizás disconformes con el anterior matrimonio de Leonor de Castro con Francisco de Borja. Él continuó administrando sus estados y escribiendo, precisamente, una serie de tratados espirituales que primero imprimió por separado y después juntos, en Valencia, en 1548. Dos años antes había fallecido su esposa Leonor.

A partir de ahí, el servicio demostrado a la Monarquía –del que no se va apartar nunca–, se transformó con intensidad hacia Dios, desembocando en lo que habría de ser su profesión secreta en la Compañía. El motor del cambio –tan tratado, mitificado, plasmado por la bella tradición hagiográfica y desfigurando la realidad histórica–, se encuentra antes. García Hernán confirma que en la muerte de la Emperatriz existe un “punto difícil de explicar”, pues en su “Diario Espiritual” recordaba antes esta fecha que la propia de su referida esposa³⁰. Pedro de Ribadeneyra, contemporáneo tan cercano al duque de Gandía, resaltó la importancia del encuentro en Granada con Juan de Ávila, sacerdote por otra parte tan vinculado con el horizonte reformista y con los ministerios pastorales que habrían de desarrollar los jesuitas³¹. Granada, según indicó el postulador de su causa, se convirtió en el punto de partida de una existencia más espiritual aunque todavía restaba mucho para su acercamiento a la Compañía. Por otra parte, los grandes señores, entonces y después, estuvieron fascinados por los rigores, aunque esa atracción que nació en Borja desembocó en una trayectoria coherente, frente a las exageraciones de otros como se manifestó entre la princesa de Éboli y las carmelitas descalzas de la madre Teresa de Jesús.

¿Qué supuso su entrada y después profesión en la Compañía de Jesús? Los jesuitas ganaron con Francisco de Borja a una persona de crédito, de presentación, de prestigio, no solo ante sus iguales sino también, ante los señores a los que había servido, en este caso, a Carlos V. Desde ahí se comprenden palabras tan plásticas como las asociadas a Ignacio de Loyola: “el mundo no tiene

³⁰ “La duquesa [Leonor de Castro] está mejor, Dios loado. Ella y la señora doña Juana [Juana de Meneses, hermana de Leonor] se encomiendan en las oraciones de VR Dios sabe lo que todos le desseamos ver por acá, y lo que holgamos de tenerle más cerca en Madrid, porque sean más continuas las cartas”, en “Carta del duque de Gandía a Pedro de Fabro”, Alfap 15 septiembre 1545, en MHSI, *Borgia III*, p. 9.

³¹ M. Ruiz Jurado, “San Juan de Ávila y la Compañía de Jesús”, *Archivum Historicum Societatis Iesu* 40 (1971), pp. 153-172.

orejas para oír tal estampido”. ¿Por qué había elegido el duque de Gandía a la Compañía de Jesús?, pregunta que le debió realizar el propio emperador Carlos. Encontró en este nuevo Instituto un espacio apropiado para esas coordenadas de “servicio”, en este caso de “servicio a Dios”, considerándolo como un “jardín pequeño” y no una orden religiosa lo suficientemente establecida y con posición consolidada. Su proceso de formación espiritual no fue el habitual, como ha relatado Manuel Ruiz Jurado. Su Compañía no era solamente la inicial e ideal de los profesos sino aquella en que eran necesarios otros recursos humanos para el desarrollo de diversas misiones.

Borja no había roto de manera rotunda con su vida social sino que la había orientado en favor del crecimiento de la Compañía. En su primer testamento de 1547, recurría como albacea al jesuita Andrés de Oviedo, pudiéndole sustituir en este oficio el rector del colegio de Gandía. Ponía mucho interés en que se terminase de construir el mencionado centro y recurrió a su procurador en Roma, el deán de Gandía, para conseguir la erección del colegio y la universidad de los jesuitas. Encargó a su primogénito Carlos de Borja que fuese defensor y procurador de la casa, tanto en el ámbito espiritual como en lo temporal. También desde aquellos momentos, responsabilizó al maestro jesuita Francisco de Saboya de la educación de sus hijos. Las cartas se sucedieron con Antonio de Araoz entre 1547 y 1550. Impulsó la difusión de los Ejercicios Espirituales, de su conveniente examen y aprobación en Roma y así se llegó hasta el 31 de julio de 1548. Se responsabilizó de los gastos de la primera edición de los Ejercicios Espirituales, quinientos ejemplares en versión latina, ya avalados desde Roma frente a las sospechas que habían despertado anteriormente. Después este empuje, ya como jesuita, se manifestó en otras obras de expansión de la Compañía.

“Por la memoria que va con esta verá Vuestra Señoría la carta de favor que se pide al príncipe sobre un hospital de Burgos, que querían comprar los devotos de la Compañía para ella; y por ser suplicación justificada y ser cosa del servicio de NS, suplico a Vuestra Señoría [era la condesa de Ribagorza] que de mi parte se lo suplique al señor Ruygómez [Ruy Gómez da Silva], pues le tenemos por nuestro patrón en lo temporal y nos tenemos por sus oradores en lo espiritual. Y por saber la caridad de V. Sría en semejantes cosas, no lo encarezco más”³².

Crédito de Borja, decimos, ante el Emperador para con la Compañía. No le dejó Carlos V de considerar útil y necesario para las misiones que le habría

³² “Carta de Francisco de Borja a la condesa de Ribagorza”, Belimuz 10.XI.1552, en MHSI, *Borgia III*, p. 127.

de encomendar. Nos tenemos que preguntar si ese crédito se continuó limitando al propio Francisco de Borja, fuese duque de Gandía o jesuita, o si se extendía al conjunto de la Orden. Ejemplo de esas misiones, poco religiosas y más bien dinásticas, fue la que recibió cuando se produjo el reencuentro entre Carlos V y Borja, ya en Yuste, el primero en 1557. Le encomendaba la tarea de tratar con Catalina de Habsburgo, desde aquel momento viuda de Juan III y hermana del Emperador, sobre la problemática sucesión al trono de Portugal en manos, tras la muerte del príncipe Juan Manuel de Portugal en 1554, de un niño de tres años –su hijo y nieto Sebastián–. Sin embargo, el Emperador –a pesar de la abdicación– deseaba que ese trono recayese en su otro nieto, el príncipe Carlos (hijo de Felipe y de la princesa portuguesa María Manuela), de doce años y no mucho más capacitado. Lo sorprendente es que Carlos V lo había conocido cuando pasó por Valladolid. El Emperador se fiaba de Borja, aún con su nueva sotana. Le volvió a llamar para pedirle consejo. A la hora de su muerte quería tenerlo a su lado y le nombró albacea y ejecutor de sus voluntades testamentarias, junto con su hijo y heredero Felipe³³.

Sin embargo, Carlos V no solo había sido cuestión de Borja. Se hacía eco Ignacio de Loyola, en octubre de 1555, acerca de la renuncia que “la magestad del emperador nuestro señor ha hecho de las tierras de la baxa Alemaña y de los otros estados de por acá á VM”. Se refería a los Países Bajos, separados de la herencia de los Habsburgo en los estados patrimoniales de la dinastía o de la elección imperial; y se congratulaba que estos dominios hubiesen ido a parar a Felipe, que entonces era rey de Inglaterra:

“recebimos todos sus siervos mucha consolación en el Señor nuestro, así por el santo exemplo que este caso ha dado SM imperial [...] conforme a la obligación que tenemos, servir con todas nuestras fuerças á VM en el Señor nuestro, y nos persuadimos que sería para su servicio y para el de VM que algunos desta nuestra mínima Compañía, de la misma nación y lengua, empleassen el caudal que nuestro Señor les ha comunicado en esas partes baxas, las quales por la vecindad y comunicación de la Alemaña son más aparejadas que otras á receber daño en ofensa de nuestro Señor y deservicio de VM, me ha parecido en el mismo Señor nuestro de embiar á Mtro. Ribadeneira³⁴, que dará esta á VM y le dirá las causas que para sentir

³³ C.M^a Abad, “Carlos V y Francisco de Borja”, *Miscelánea Comillas* 31 (1959), pp. 299-333.

³⁴ “Aquí van letras para el conde Ruygómez y Gonçalo Pérez VR las podrá uer y cerrar y darlas. Van también dos firmas vna para el emperador y otra para el rey príncipe, por si fuese menester. Que NP scriuiesse á alguno de sus majestades, ó entrambos, allá se hará consulta, entendiendo lo que parezerá al Sr. Alexio Fontana [...] A los nuestros de Vienna se scriue que

esto tenemos, para que, si después VM juzgare ser ansí servicio de Dios NS y suyo, se digne tomar esta su mínima Compañía debaxo de sus alas y amparo en esas partes, así como a sido servido de hazerlo en las otras y le otorgue licencia de poder tener collegios en esas tierras”³⁵.

Se refería Ignacio de Loyola, después de los Países Bajos, a Inglaterra, nuevo territorio que le va a ocupar en los últimos días de su vida y en los del Emperador –el primero murió en 1556, el segundo en 1558–, con su sucesor para Europa y la defensa de la bandera católica que era el príncipe Felipe, entonces rey consorte de Inglaterra. Semanas más tarde indica al padre Jerónimo Nadal que si se quedaba, tras la abdicación de Carlos V de sus dominios, el mencionado monarca en Inglaterra –como esposo que era de María Tudor– y con la posibilidad de que fuese posible hacer colegios en aquella corona, el hombre indicado para viajar a esas tierras podía ser el “doctor Araoz”: “y abriase licencia para acettar bienes stábiles en los estados de Flandes, y fauor para fondar yn ellos la Compañía”³⁶. La abdicación de 1555 permitía nuevos caminos, con la vinculación entre los Países Bajos e Inglaterra. Todavía no se habían fundado los Colegios o seminarios de Ingleses en el continente.

Al ya Borja jesuita, el príncipe Felipe le había anunciado el deseo de su padre, el Emperador, de proponerlo ante Julio III como cardenal. Sin duda alguna la voluntad de Borja y la de otros de la Compañía –como Antonio de Córdoba, hermano del conde de Feria– que también iban incluidos en la propuesta, no coincidía con la decisión y los deseos del emperador Carlos, y así se lo manifestaron a Ignacio de Loyola. Ambos dos se atenían a la restricción de la promoción de los jesuitas a las jerarquías eclesiásticas:

procuren lettras del rey de romanos para el rey príncipe y se enderezarán á Mtro. Adriano á Louayna ó á Bruxellas á Alexio Fontana, para que las dé á VR”, en “Carta de Ignacio de Loyola a Pedro Ribadeneira”, Roma 29 octubre 1555, en MHSI, *Monumenta Ignatiana X*, p. 69; “Nuestro Padre ha imbiado á Mtro. Pedro de Ribadeneira á la corte de Flandes ó Ingalaterra. Si el emperador passa en España, y el rey torna en su reyno, podrá predicar y confessar en español y latino, sin el italiano en que acá predicaba; y para la lengua flamenca y francesa, en Flandes tenemos gente que podrá bien predicar, como aora lo hazen con mucha edificación. Si de allá fuesse hombre, que tuuiesse cauida y auctoridad con los principales de aquella corte, podriase excusar el compañero letrado de quien se scriuió otra uez. Pero de todo esto el P.Mtro. Nadal hablará más largo”, en “Carta Ignacio de Loyola a Francisco de Borja”, Roma 14 noviembre 1555, en MHSI, *Monumenta Ignatiana X*, p. 132.

³⁵ “Carta Ignacio de Loyola a Felipe, rey de Inglaterra”, Roma 23 octubre 1555, en MHSI, *Monumenta Ignatiana X*, p. 33.

³⁶ “Carta Ignacio de Loyola a Jerónimo Nadal”, Roma 21 noviembre 1555, en MHSI, *Monumenta Ignatiana X*, p. 179.

“Don Antonio de Córdoba, hijo de la marquesa de Priego y hermano del conde de Feria, es aquí hijo myo de confesión muy frecuente, de cada ocho días –escribe Miguel de Torres a Ignacio de Loyola–; está tan aprovechado en el espíritu que está al presente muy perplexo, por le certificar de acá por la corte del príncipe y de allá por la del papa por más cierto que es vno de los dos cardenales que se hacen a ynstancia del emperador [...] Pide con mucha ynstancia a VP le diga qués es lo que debe hazer en este caso para mejor gloria del Señor y bien de su alma; y si le haga charidad de lo admitir en la Compañía y decir de dónde es á saber ó en Coimbra ó aquí ó en Oñate”³⁷.

“Por esas cartas, para todas partes, hemos reçevido y embiado, y la del buen capello del Padre don Francisco, que creo será para él capello re et nomine”³⁸.

La vocación de Borja también otorgaba crédito ante los que participaban de su estamento nobiliar, no siendo el suyo el único caso de vocación pues después llegaron los del mencionado Antonio de Córdoba, hijo de la marquesa de Priego –llamado el padre don Antonio de Córdoba, juego de religión y nobleza–, esencial para la primera expansión de la Compañía por Andalucía; o el de Antonio de Padilla, heredero del condado de Buendía y del adelantamiento de Castilla. En el colegio de Ávila fue destacada la iniciativa del padre Fernando Álvarez del Águila, perteneciente también a una de las familias de notables de la ciudad. El propio Borja denominaba a los contactos que iba a desarrollar, una vez integrado en la Compañía, como las “redes” que manejaba, además del interés, expectación y admiración que despertaban estas huidas del mundo entre sus iguales. En todos estos casos, muy especialmente desde Francisco de Borja, parecía demostrarse aquello que había indicado Koeninsberger al afirmar sobre la capacidad de los jesuitas para captar hombres indispensables en las estructuras de poder.

4. EL FICHAJE *GALÁCTICO* DE FRANCISCO DE BORJA Y LA DIRECCIÓN SOBRE JUANA DE AUSTRIA

De la repercusión de la integración en la Compañía de Francisco de Borja ya nos hemos percatado. Después vino su encuentro con Juana de Austria³⁹, a

³⁷ “Carta de Miguel de Torres a Ignacio de Loyola”, Salamanca, 28, 30 marzo 1552, en MHSI, *Epistolae Mixtae II*, pp. 695-696.

³⁸ “Carta de Juan González a Ignacio de Loyola”, Valladolid, 11 agosto 1552, en MHSI, *Epistolae Mixtae II*, p. 765.

³⁹ A. García Sanz, “Juana de Austria: un modelo de intervención femenina en la Casa de Austria”, en M^a L. Sánchez Hernández (ed.), *Mujeres en la Corte de los Austrias*, Madrid, 2019, pp. 249-274. M. Lobo Cabrera, *Doña Juana de Austria, la Princesa Gobernadora*, Valladolid, 2020.

su regreso de Portugal, tras haber enviudado del príncipe Juan Manuel, haber sido madre y haber tenido que emprender camino para ser regente ante la ausencia de su padre y hermano⁴⁰. Ese encuentro tuvo una notable proyección política. En la Compañía se había creado, con los primeros domicilios, la provincia de España en 1547 y ya, en 1554, se promulgaron las Constituciones por Jerónimo Nadal con la división de las provincias de Castilla, Aragón y Andalucía o Bética. No vamos a entrar en la casuística del mencionado colegio de Valladolid, sin olvidar que en 1551 comenzó el de Medina del Campo, que consiguió tener un primer impulso mucho mayor. Lo cierto es que en todo ello, Borja fue una piedra angular no despreciada como en el desarrollo del noviciado de Simancas –el primero de España en vida de Ignacio de Loyola–, así como en la superación de las grandes controversias de esta primera expansión de los jesuitas.

Antes mencionábamos una petición de intervención del príncipe de Éboli en los principios de la presencia de la Compañía en Burgos. La consolidación de la Compañía dentro de la estructura política de la Monarquía católica, tuvo mucho que ver –según José Martínez Millán en sus habituales retratos sobre la Corte– con su relación y vinculación con el llamado “grupo ebolista” durante la regencia de la princesa Juana de Austria. Tan estrecho contacto, y no vamos a insistir en ello, que la hija menor del Emperador llegó a ser uno de los miembros de la Compañía. Su hermana mayor María de Austria y su esposo Maximiliano de Habsburgo, en 1552, tras el regreso del príncipe Felipe, emprendieron viaje hacia la corte de Viena. Después éste volvió a ser requerido otra vez en Europa, aunque esta vez para casar con la reina de Inglaterra. Fue

⁴⁰ “Estando allí [en Tordesillas] recibió letras de la princesa de Portugal [Juana de Austria] en que le pedía esperase por esta tierra la venida de Su Alteza, que por la ausencia del príncipe [Felipe] viene á tener la gouernación destos Reynos; y como en Tordesillas no auía ya que hazer, por començar su Reuerencia á entender en el ministerio en que VP le ha puesto, se partió para Áuila por informarse bien del fundamento que allí auía para el colegio que se ha de fundar [...] Estando el padre en Medina tuuo auiso que la princesa sería en Tordesillas dentro de tres ó quatro días y así se partió para allá. Entró la princesa sábado á las 9 del presente y con venir en gran manera retirada que no la vee nadie, enuió la mesma tarde á decir al padre Francisco que reçebiría contentamiento que viese á su Alteza, y así fue luego a palacio y fue de su Alteza muy graciosamente recebido y estuuu más de hora y media con ella, y otro día siguiente cerca de dos, tratando las cosas de su consciencia y del orden que su Alteza deuía tener, para que con las ocupaciones de la gouernación no se oluidase lo de Dios nuestro Señor, pues de allí auían de salir las fuerzas para gouernar. Es para dar mil bendiciones al Señor nuestro ver quan aprouechada está su Alteza en las cosas del spíritu y quan deseosa de llevar siempre adelante este aprouechamiento”, en “Carta Bartolomé Bustamante a Ignacio de Loyola”, Valladolid 16 junio 1554, en MHSI, *Litterae Quadrimestres III*, p. 22.

entonces, cuando la llamada a la Corte, en este caso a Valladolid, recayó en la princesa de Portugal, la mencionada Juana de Austria.

Desde los primeros años de su vida, esta princesa había tenido noticias cercanas de los progresos de los jesuitas. El entonces marqués de Llombay y su esposa, la dama portuguesa Leonor de Castro, estuvieron muy cerca de ella cuando perdió a su madre a la edad temprana de cuatro años. Un afecto que Juana intensificó cuando Francisco de Borja, ya viudo, ingresó en la Compañía de Jesús. Había recibido en Ocaña la visita del primer jesuita en Castilla, Antonio de Araoz⁴¹. Era apenas una adolescente cuando empezó a cartearse con los componentes de la Compañía. Ya en 1551, poco tiempo después de hacerse pública la condición de jesuita del duque de Gandía, le dio unos Ejercicios Espirituales breves a la princesa durante aquella Semana Santa. Algunos historiadores jesuitas situaban allí el comienzo de una vida espiritual más activa de doña Juana, traducida en gestos externos como el final de sus lecturas profanas y de su afición a los juegos de naipes⁴²: “desea su Alteza que vuestra paternidad le embiase participación de todas las buenas obras que se hazen en la compañía y merécelo su deuoción y propensión que tiene a las cosas della”, le escribía Bartolomé Bustamante —un jesuita arquitecto— a Ignacio desde Valladolid, en el verano de 1554⁴³. Una vez que hubo llegado a la Corte, la princesa-regente requirió la dirección espiritual de Francisco de Borja.

Escribía Jerónimo Nadal, visitador en aquel año para la promulgación de las Constituciones, que en los primeros días de la regencia y desde Valladolid, era el momento adecuado para que el padre Francisco hablase por extenso a la princesa Juana de los proyectos de la Compañía “con diligencia”. Había comenzado, desde el 10 de junio de 1554, la dirección espiritual sobre Juana de Austria aunque Borja nunca se convirtió en su confesor. Los hagiógrafos del santo jesuita —especialmente el cardenal Cienfuegos— señalaban que la presencia del comisario de la Compañía en España, junto a Juana de Austria, se debía a

⁴¹ El papel de Araoz lo dejaba él bien claro en su correspondencia: “De Tortosa y después de Balencia scriuí largo, así de la deuoción de la gente, tanto que prediqué en plaça por no caber en la yglesia, como del buen principio que del Colegio quedó. También scriuí de Madrid, donde, aviendo predicado á las Infantas, llegué á Coymbra la Semana Santa y de ay á la Corte [...] La Corte [portuguesa] parte para Évora el primer lunes o martes. Nosotros yrémos también allá, al Señor plaziendo. A Mtre. Fabro se spera con mucho deseo. Como él venga, pienso nos ymbiarán á Castilla”, en “Carta de Antonio de Araoz a Ignacio de Loyola”, Almeirino 23 mayo / Évora 6 agosto 1544, en MHSL, *Epistolae Mixtae I*, pp. 168-169.

⁴² C. Dalmases; *El padre Francisco de Borja*, Madrid, 1983, p. 127.

⁴³ “Carta de Antonio Gou a Ignacio de Loyola”, Valladolid 14 julio 1554, en MHSL, *Litterae Quadrimestres III*, p. 51.

un requerimiento no solo de Carlos V sino también de su hijo el príncipe Felipe (“expressándole que por hallarse Religioso, no debía olvidarse de que era vasallo, y que la virtud avía de servir de arrimo á la lealtad”). El Emperador, como hemos dicho, había manifestado desconfianza hacia los jesuitas pero continuaba mostrándose cercano a su antiguo hombre de confianza. Ignacio de Loyola indicó la conveniencia de que acudiese Borja a Valladolid, “no sin grande dolor de que la obediencia le embarcase en aquel Baxel”⁴⁴.

Además de sus inquietudes, Juana de Austria se había destacado por una vida espiritual intensa, manifestada en sus lecturas. Los jesuitas también participaron de esas inquietudes a través de la oración mental metódica, la meditación imaginativa, la contemplación, la reforma individual como camino para la reforma propia de la Iglesia. Y de esta vía del recogimiento participó Francisco de Borja. Cuando los teólogos estaban replegándose a la lectura de la Biblia en su versión latina, la princesa solicitaba la posibilidad (y, por lo tanto, la licencia) de leerla en romance⁴⁵. Pronto, los jesuitas encontraron en doña Juana todo un ejemplo de gobernante. Así se lo comunicaba Bartolomé Bustamante a su propósito general a los pocos días de llegar la princesa de Portugal: “en la Princesa se ven tantos y tan buenos efectos de su comunicación que tiene edificado todo el Reyno con su buen exemplo en los pocos días que ha que vino de Portugal á esta gouernación”⁴⁶. Era agosto de 1554 y Juana de Austria había mejorado el tratamiento de los presos de las cárceles y había impulsado la reforma de las monjas de Cataluña. Se extrañaba el jesuita de sus capacidades de gobierno a pesar de tan corta edad –apenas diecinueve años– y de su condición de mujer.

La Corte que rodeaba a la princesa Juana era propicia a la Compañía de Jesús. Las estancias palaciegas fueron alicientes para los sermones, para la enseñanza de la doctrina cristiana y de los “Ejercicios Espirituales” dados por Borja y, en ocasiones, por Araoz⁴⁷, rodeados de damas, pajes y camare-

⁴⁴ A. de Cienfuegos, *La Heroyca vida, virtudes y Milagros del Grande San Francisco de Borja, antes Dique quarto de Gandía y después Tercero General de la Compañía de Jesús escribela el maestro...., de la misma Compañía, del Gremio y Claustro de la Vniversidad de Salamanca, Cathedrático de Vísperas de Theología en ella; calificador de la Suprema y General Inquisición y se consagra esta segunda a impresión al Gran Patriarca San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús, 1717*, p. 239.

⁴⁵ “Carta Bartolomé Bustamante a Ignacio de Loyola”, Valladolid, 24 agosto 1554, en MHSI, *Litterae Quadrimestres III*, p. 66.

⁴⁶ “Carta Antonio Gou a Ignacio de Loyola”, Valladolid, 14 julio 1554, en MHSI, *Litterae Quadrimestres III*, pp. 48-49.

⁴⁷ “Carta Bartolomé Bustamante a Ignacio de Loyola”, Valladolid, 24 agosto 1554, en MHSI, *Litterae Quadrimestres III*, p. 65.

ras⁴⁸. Borja era el consejero espiritual privilegiado de Juana de Austria a través de prolongadas conversaciones, y eso se apreciaba en el compromiso creciente de la princesa para con la Compañía, hasta terminar en la profesión de votos simples de Juana de Austria como jesuita, el “hermano Matheo Sánchez” o “Montoya” como se la conoció en la correspondencia jesuítica. Una consulta convocada por Ignacio de Loyola trató esta admisión extraordinaria en octubre de 1554. Por resolución secreta se dispuso una vinculación por votos simples por un periodo de dos años⁴⁹. La princesa no tenía que hacer cambios en su domicilio, ni en su apariencia externa. Su compromiso con la Compañía fue serio, interviniendo desde su privilegiada situación política, a favor de los jesuitas en los momentos de virulencia y oposición antijesuítica.

Francisco de Borja no estaba satisfecho con el desarrollo de esta dirección espiritual y la contempló como una auténtica “cruz”⁵⁰, correspondido por un sentimiento de admiración demostrado por la princesa regente hacia el que había sido nombrado comisario de la Compañía en España y Portugal. Los jesuitas resaltaron en su correspondencia hacia Roma todo lo que Borja iba consiguiendo en éste su llamado “ministerio real”. De ahí que doña Juana insistiese tanto que ni Francisco de Borja, ni Antonio de Araoz, saliesen de España, sobre todo en misiones encomendadas ni por el pontífice ni por su prepósito general que podía requerirlos en la Ciudad Eterna. Para asegurarse, se atrevió a pedirselo de esta manera a Ignacio de Loyola, en el mismo año de su muerte en 1556. Pero, como veremos, la presencia de Borja no fue permanente. Todo cambió en 1559 y volvió a hacerlo en 1566 cuando fue elegido el segundo sucesor del fundador de la Compañía. Juan de Polanco, secretario de todos estos generales, cuando le comunicaba en 1573 la muerte de éste su director espiritual, le subrayaba “la muy particular

⁴⁸ “Carta Bartolomé Bustamante a Ignacio de Loyola”, Valladolid 29 abril 1555, en MHSI, *Epistolae Mixtae IV*, pp. 618-619.

⁴⁹ “Information sobre la acceptación de vna persona en la Compañía y el modo della. Juntándose el Dr. Nadal, el Dr. Olaue, el Dr. Madrid, el P. Luys Gonçález y Mtro. Polanco por orden de NP. Mtro. Ignatio para tratar del modo de admitir Mateo Sánchez [...] Esta persona, quienquiera que sea, pues con priuilegio tan special, y sola, es admittida en la Compañía, tenga su admisión debaxo de sigillo de secreto y como en confesión; porque, sabiéndose, no fuese ejemplo para que otra persona tal diese molesta á la Compañía por tal admisión. En lo demás esta persona no tendrá para qué mudar hábito, ni casa, ni dar demostración alguna de lo que basta que tenga entre sí y Dios nuestro Señor”, en “Carta de Ignacio de Loyola a Francisco de Borja”, Roma 26 octubre 1554, en MHSI, *Monumenta Ignatiana VII*, pp. 685-688.

⁵⁰ “El mismo día que se cumplieron los X de la + que me dieron en Tordesillas”, en “Diarium” en MHSI, *Borgia V*, p. 747.

afición que nuestro bendito Padre [Francisco de Borja] siempre tuvo al servicio de Vuestra Alteza”⁵¹.

Fue una relación de servicio bilateral, pues los jesuitas recurrieron a doña Juana, la princesa regente, para superar las barreras más dificultosas con las que se enfrentó la Compañía en estos momentos. La hermana de Felipe II se hizo partícipe de todo ello. Se detenía, por ejemplo, en el noviciado de Simancas cuando regresaba de visitar en Tordesillas a su abuela, la reina doña Juana de Castilla, pues consideraba que “todas las casas de la Compañía tenía ella por suyas”. Simancas se encuentra cercana a Valladolid, Corte de la regente, y ella también se mostraba muy atenta a las delicadas vicisitudes de su colegio de San Antonio. El afecto de “Matheo Sánchez” hacia el Instituto se encontraba consolidado. De ahí que tratase de romper la dura oposición planteada para con la Compañía en la ciudad de Zaragoza y que también favoreciese las nuevas fundaciones que se habrían de efectuar en Plasencia, Florencia, Lovaina, en la ayuda al Colegio Romano y, por supuesto, en la defensa ante los ataques del arzobispo de Toledo Juan Martínez Siliceo y del dominico fray Melchor Cano⁵². La palabra de este último fue violenta desde el púlpito con capacidad para despertar la extensión de rumores. Les echaba en cara a los jesuitas el desprecio que habían demostrado por la oración vocal comunitaria, el coro; la no reglamentación de las penitencias corporales o la práctica de los Ejercicios Espirituales.

En la importante archidiócesis de Toledo, en donde se incluía el Colegio de Alcalá de Henares, la oposición hacia los jesuitas fue encabezada por el mencionado cardenal Juan Martínez Guijeño, más conocido por la latinización de su apellido, “Siliceo”, aunque antes había tratado, en Valladolid y en 1545, amigablemente a Araoz y Fabro. Por entonces era obispo de Cartagena. Así en 1551, suspendió las licencias a los clérigos que hubiesen realizado los Ejercicios ignacianos, prohibió a los sacerdotes de la Compañía el ejercicio

⁵¹ “Carta Juan de Polanco a la princesa Juana de Portugal”, en MHSI, *Borgia V*, pp. 716-717.

⁵² “Muy bien ha parecido la diligencia que VP [Ignacio de Loyola] ha hecho con los generales de las religiones, por ser medio apacible y suaue, aunque todavía no falta quien ladre [se refiere a Melchor Cano]. Más confío que al cabo se boluerá todo en nada, como se suele hazer en semejantes casos”, en “Carta de Francisco de Borja a Ignacio de Loyola”, Escalona, 26 febrero 1556, en MHSI, *Borgia III*, p. 257; “El Padre Cano ha estado en Roma esta sede uacante, y aunque algunos han dicho que quiere ser nuestro amigo, y no sabemos si dél tenían comisión para tractar desto (porque lo han hecho no sé cuántas vezes), se ha dissimulado y hecho poca cuenta desto, por parezer que ay poco de fiar. También speráuamos el Papa para uer si se debría hazer alguna diligencia en lo que toca á sus cosas pasadas. Ni le hemos uisitado, ni él a nosotros, y él calla alo que sabemos ó habla bien”, en “Carta de Juan de Polanco por comisión a Francisco de Borja”, Roma 23 noviembre 1559, p. 582.

de la predicación, la confesión, la administración de la Eucaristía, así como la posibilidad de decir misa en cualquiera de los templos de su amplia diócesis. Silíceo no podía admitir que los de la Compañía, gracias a los privilegios concedidos desde la Santa Sede, estuviesen exentos de la autoridad de los ordinarios, es decir, de los obispos. Además, no podía asumir, que se rumorease acerca de la procedencia conversa del superior del colegio complutense. Defendía aquel prelado, con ahínco, la implantación de los estatutos de limpieza de sangre. Los edictos del cardenal fueron revocados por el nuncio aunque ambos dos (Cano y Silíceo) continuaron con sus ataques, esta vez contra la tarjeta de presentación de los jesuitas en estos reinos de la Monarquía. Otra cosa fue el apoyo que recibieron del sucesor de Silíceo, Bartolomé de Carranza, cuando pudieron establecerse en Toledo. Ya lo decía Francisco de Borja a un jesuita de primera generación: “spero que nuestro Señor ha de dar en breue entrada en aquella ciudad a la Compañía”⁵³; “los deuotos están suspensos” escribía Borja al que ya era su prepósito general en Roma. Se trataba de Diego de Laínez y éste, precisamente, era descendiente de conversos. Todo se esperaba de la llegada del nuevo arzobispo, el mencionado Carranza:

“en Toledo no se ha hecho hasta ahora nada [...] están hostigados del pasado, no se atreuen hasta tener más luz del ánimo deste. Pienso scriuir á corte para que nos embíe liçençia y orden para que pueda entrar la Compañía en aquella ciudad; y desde ay, pareçiéndole á VR se podrá también usar esta diligenciã. Otro no se offreçe”⁵⁴.

Un tercer escenario de la oposición a los jesuitas fue en Zaragoza, cuando impulsados por Francisco de Borja quisieron establecer un colegio en la principal ciudad de la corona de Aragón. Precisamente, un pariente del comisario jesuita con el que había mantenido contacto años atrás, el arzobispo Hernando de Aragón, fue el que se convirtió en cabeza de la oposición a la Compañía, detrás de la cual se movía una típica política de bandos. Mientras el prelado zaragozano era apoyado por los frailes agustinos; los dominicos, las elites urbanas y el obispo de Huesca deseaban el establecimiento de los jesuitas. Argumentaba don Hernando sobre esa exención de la que hacían gala los jesuitas con respecto a la autoridad episcopal. Llegó el arzobispo, descendiente del rey Fernando el Católico, a excomulgar a los jesuitas, a los que escuchasen sus sermones, se confesasen en su iglesia u oyesen su misa. Todo

⁵³ “Carta de Francisco de Borja a Manuel López”, Valladolid 24 abril 1558, en MHSI, *Borgia III*, p. 369.

⁵⁴ “Carta de Francisco de Borja a Diego de Laínez”, Valladolid, 20 mayo 1558, en MHSI, *Borgia III*, p. 386.

ello fue respondido con una reacción popular. Para frenar esta escalada, intervino una vez más la princesa Juana de Austria. Buscó en el virrey de Aragón el brazo ejecutivo para el cumplimiento de sus disposiciones y para reprender duramente al arzobispo que se resistía a todas las voces de autoridad. Con la intención de evitar males mayores, los jesuitas salieron temporalmente de Zaragoza. La nueva y dura intervención de doña Juana utilizó las armas de la Inquisición, devolvió a los jesuitas a la capital aragonesa, escoltados por la autoridad en sus calles principales. Un gesto que convertía este regreso en toda una entrada triunfal. En contraposición hubo obispos que llamaban a los jesuitas para ser sus requeridos predicadores y catequistas. Fray Tomás de Villanueva, desde la cátedra de Valencia, se mostraba deudor de su oficio pastoral: “los fieles cristianos que antes apenas se confesaban una vez al año, ahora, por los consejos de estos Padres, con la gracia del Espíritu Santo, confiesan sus pecados y reciben la Sagrada Eucaristía cada domingo”. No fue el único prelado que apoyó decididamente a la Compañía. Se le sumaron Gutiérrez de Carvajal en Plasencia o Pedro Guerrero en Granada.

5. EL NOVICIADO DE SIMANCAS, UN EJEMPLO DE INTERVENCIÓN DE JUANA DE AUSTRIA

En la mencionada visita que Jerónimo Nadal hizo a las provincias de España en 1554, estableció que cada una de éstas debía contar con una casa de probación. La que se fundó en Castilla, respondía a una nueva fase de la expansión y apertura de la Compañía a nuevas ciudades castellanas. En Coimbra, según indicamos anteriormente, era necesario buscar el antecedente primero de estas casas de probación. Sin embargo, aquella no tuvo el éxito que había esperado Ignacio de Loyola. La provincia de Portugal vivía entonces malos momentos, controversias y tensiones⁵⁵. Poco meses después de esta disposición del visitador, Francisco de Borja, comisario entonces para España y Portugal, recibía el ofrecimiento de una casa en la villa de Simancas, para establecer allí el noviciado de Castilla. Se convirtió en todo un modelo pues, a partir de 1555, y en la provincia Bética, Bartolomé Bustamante ponía en marcha el noviciado de Córdoba. Así, cuando en julio de 1556 moría en Roma Ignacio de Loyola, cinco casas para este menester existían abiertas en

⁵⁵ Cristo José de León Perera trató estas tensiones en la provincia de Portugal en su segunda tesis doctoral, esta vez en la Universidad Pontificia de Salamanca, con el título *Los jesuitas de Salamanca y sus misiones en Castilla (1548-1574)*, Salamanca, 2020, pp. 192-211.

la Compañía en todo el mundo: Mesina en Sicilia, Coimbra, Simancas, Viena y Córdoba⁵⁶.

No vamos a entrar en las peculiaridades de esta función y en las características personales del que fue el primer impulsor de la casa –muy adecuado dentro de la casuística de los patronos y fundadores–, el comendador Juan Mosquera de Molina. Se encuentra lo suficientemente estudiado⁵⁷. Debemos resaltar que en todo ello, fueron fundamentales Borja y la princesa Juana de Austria que, como dijimos, se detenía en el mismo como una “hermana más”. Hasta allí se trasladó a principios de 1555 aunque nunca para realizar su noviciado. Antes de la muerte de su abuela, la reina Juana –un Viernes Santo de 1555– fue a visitarla a Tordesillas. Regresando a Valladolid, mandó que fuese preparada la casa del Miravete en Simancas para habitar en sus estancias, rechazando la posibilidad de alojarse en el castillo. Mostraba devoción, de esta manera, hacia todo por donde la Compañía pasaba o hubiese pasado. Rápidamente, preguntó por la habitación en donde había dormido el padre Francisco en sus habituales estancias. Por ello, de nuevo, no resultan extrañas las palabras que escribió Bartolomé Bustamante, describiendo esta real visita: “las cosas de la Compañía tiene su Alteza por propias”. Solicitó la princesa la presencia de un jesuita a su lado. En la Cartuja de Aniago, cercana a Villanueva de Duero –también en Valladolid– lo necesitaba para que allí predicase: “y dizen que recitó [la Princesa] á una muy amada suya todo el sermón en lo qual muestra tomar de veras las cosas de nuestro señor”. Una actitud que los jesuitas se encargaban de no olvidar⁵⁸. También el noviciado, como tantos otros colegios de la Compañía, se convirtió en un punto de encuentro de los notables. Mencionábamos antes las tensas relaciones con el primer impulsor de la casa. Fue en 1558 cuando los jesuitas solicitaron el incómodo patronato del comendador Mosquera para con el noviciado.

Antes de la celebración del segundo de los Autos de Fe de Valladolid, en octubre de 1559, Francisco de Borja había escrito que este domicilio de Simancas se encontraba enfermo, “tan enfermo que no se puede sufrir”. Un declive que debía entenderse por las condiciones de insalubridad que supuestamente padecían sus habitantes. Era la primera vez que se hablaba de estas dificultades para el Miravete ¿Acaso fue la disculpa oficial ante la Compañía por tener en

⁵⁶ M. Ruiz Jurado, *Orígenes del noviciado en la Compañía de Jesús*, Roma, 1980.

⁵⁷ L. Fernández Martín, “San Francisco de Borja y el noviciado de Simancas”, en *Nueva Miscelánea Vallisoletana*, Valladolid, 1998, pp. 343-386, y J. Burrieza Sánchez, *Valladolid, tierras y caminos de jesuitas*, Valladolid, 2007, pp. 171-208.

⁵⁸ “Carta Jerónimo Ruiz del Portillo a Ignacio de Loyola”, Simancas, 4 mayo 1555, en MHSI, *Borgia III*, p. 226.

sus manos unas posibilidades aparentemente más beneficiosas? Poco duró el entusiasmo entre los provinciales de Castilla pues fue también la insalubridad, unida a una comprensible soledad, lo que motivó el abandono posterior de la segunda ubicación del noviciado de Castilla, en El Villar. La trayectoria del noviciado de Castilla todavía habría de pasar por Medina del Campo y, finalmente por Villagarcía, con la ayuda definitiva de Magdalena de Ulloa.

6. PROCURANDO LA SALVACIÓN DE LA REINA DOÑA JUANA

Una dirección espiritual que la Familia Real deseó para su miembro más complicado. De nuevo Francisco de Borja se encontraba implicado. Los nietos de la reina Juana mostraron su preocupación por la vida espiritual que podía desarrollar la soberana, ya muy anciana y desde hacía mucho tiempo alejada del mundo⁵⁹. Les horrorizaba la idea de que la Reina pudiese fallecer sin haber recibido los últimos sacramentos, como una auténtica “hereje”, sin los oportunos auxilios espirituales. Por eso, fue requerido este jesuita que protagoniza en buena parte la relación más familiar de los Habsburgo con la Compañía. Francisco de Borja se trasladó a Tordesillas⁶⁰, acompañado del que fue primer rector del Colegio de Salamanca, Miguel Torres, hasta su Palacio Real, para conocer la situación e intentar tranquilizar a los príncipes, en medio de aquella vida oscura y encerrada⁶¹:

“Muy alto y muy poderoso Señor [se dirigía al príncipe Felipe y lo hacía como “Primo”]. Obedesciendo los reales mandamientos de VA venimos el doctor Torres [Miguel Torres] y yo á visitar la reina, nuestra Señora [la reina Juana] y S.A. avía ya preguntado por mí dos o tres veces [...]

⁵⁹ M.A. Zalama, *Juana I. Arte, poder y cultura en torno a una reina que no gobernó*, Madrid, 2010.

⁶⁰ “Por la sobredicha última que screví á VP dende Alcalá, di auiso cómo por mandamiento del príncipe el P. Francisco auía de yr á Tordesillas á entender en ciertos negocios espirituales tocantes á la Reyna [Juana I de Castilla]. Ha estado su Reuerencia allí dos meses tratando dellos; y aunque por estar Su Alteza diuertida de semejantes negocios y de qualesquiera otros, que requieran aduertencia y consideración, no se podía sperar otro efecto desta jornada, que aver cumplido con el mandamiento del príncipe [Felipe] y con el deseo de la Reyna de Portugal [Catalina de Austria], que ha muchos años que pide se hiziesen algunas experiencias de las que aora se han hecho: ha sido necessaria la yda del Padre Francisco á Tordesillas”, en “Carta Bartolomé Bustamante a Ignacio de Loyola”, Valladolid, 16 junio 1554, en MHSI, *Litterae Quadrimestres III*, pp. 21-22.

⁶¹ “Carta de Jerónimo Nadal a Ignacio de Loyola”, 15 marzo 1554, MHSI, *Nadal I*, pp. 240-241; “Carta de Bartolomé Bustamante a Ignacio de Loyola”, Valladolid 16 junio 1554, MHSI, *Litterae Quadrimestres III*, p. 21. Archivo General Simancas (AGS), Estado, legs 109 (ff. 252, 330 y 331), 1107 (16).

Después de averme oído con mucha atención, que en los tiempos pasados solía confesar y comulgar, y oía sus misas, y tenía imágenes, y reçava en unas oraciones aprobadas que le avía dado un fraile dominico, que era confesor de los reyes cathólicos, y que lo mismo haría agora [...] Preguntado después si S.A. creía los artículos de la fe con todo lo que la iglesia cathólica manda, dixo «¿pues no lo avía de creer? Sí por cierto que lo creo». Y preguntada después si creía que el hijo de Dios vino al mundo por nos redemir, y nació y murió y resucitó y subió á los cielos, etc, y si quería vivir y morir en esta fe cathólica, respondió que sí, y que deseaba confesarse y comulgarse, si le quitaban el impedimento que tenía”⁶².

Indica Enrique García Hernán, en sus diferentes estudios mencionados sobre Borja, que en la reina Juana existía el deseo de saber cómo se preparaba el matrimonio de su nieto Felipe con María de Inglaterra aunque la insistencia de este último era que Francisco de Borja consolara en la muerte a su abuela y la asistiese en su última agonía. Los jesuitas se fueron configurando como maestros en el cuidado de la vida espiritual del cristiano en la esfera de lo íntimo. Se podía desarrollar de dos maneras diferentes: a través de la confesión y con un horizonte más amplio, por la dirección espiritual⁶³. Lo primero era un sacramento, el de la penitencia; lo segundo se enmarcaba dentro de un proceso más prolongado, como expresión máxima del control de las conciencias, desde la cual se creaba y consolidaban las clientelas espirituales. Un punto que se empezó a tratar de enseñar fue el de aprender a bien morir. Juan de Polanco fue un autor de referencia en este aspecto, con su “Breve directorium ad confesarii et confitentis munus recte obeundum”.

7. LOS SUCESOS DE 1559 Y LOS RUMORES SOBRE FRANCISCO DE BORJA

Los equilibrios del poder cambiaron en 1559, cuando el monarca, Felipe II, regresó a Castilla para asumir la corona. Francisco de Borja fue invitado a informar al Rey sobre las personas con las que contaba para el gobierno y así se lo

⁶² “Carta Francisco de Borja al príncipe Felipe”, Tordesillas, mayo 1554, en MHSI, *Borgia III*, pp. 161-163. En este mismo tomo de cartas de Francisco de Borja, o relacionadas con él, podemos encontrar aquellas vinculadas con la atención espiritual que prestó este jesuita a la reina Juana de Castilla, por indicación de sus nietos, Felipe y Juana. Cfr. “Carta Francisco de Borja al príncipe Felipe”, Tordesillas, 10 mayo, 1554, pp. 168-171; “Carta Francisco de Borja al príncipe Felipe”, Medina del Campo, 17 mayo 1554, pp. 171-173, en MHSI, *Borgia III*, pp. 161-173.

⁶³ J. Delumeau, *La Confesión y el Perdón. Las dificultades de la confesión. Siglos XIII al XVIII*, Madrid, 1992.

transmitió en un memorial. Pero en ese año, el comisario de la Compañía empezó a enfrentarse con uno de los momentos más complicados de su vida. Los jesuitas poseían un temor injustificado desde lo doctrinal pero no tanto desde lo práctico, hacia la Inquisición, sobre todo por la persecución que el Tribunal del Santo Oficio había ejercido en su última juventud sobre Ignacio de Loyola. Después el fundador de la Compañía tornó, según indica González Novalín⁶⁴, su papel de acusado por el de acusador, sirviendo al papa Farnese –Paulo III– en el establecimiento de la Inquisición romana. Igualmente, los jesuitas agilizaron el proceso de creación de este Tribunal de la ortodoxia en Portugal. El cardenal-infante don Henrique de Portugal consideraba que la Compañía debía estar ocupada en los trabajos más espirituales del Tribunal y menos en los administrativos, es decir, en el descubrimiento de las opiniones heterodoxas, en la atención a los presos en las cárceles inquisitoriales, en la confesión a los condenados antes de ser entregados al brazo secular para la ejecución de la sentencia.

Uno de los primeros asuntos que debía tratarse, en relación con la Inquisición, eran los propios Ejercicios Espirituales, que podían levantar algunos recelos entre los inquisidores. Por otra parte, la oposición que se había generado en las ciudades ante la presencia de los jesuitas y el dictamen de la Sorbona acerca de la Compañía, inquietaron a algunos de sus miembros, pidiendo a los superiores que denunciasen estas murmuraciones ante los inquisidores, de tal forma que públicamente se proclamase la inocencia de la Compañía. Francisco de Borja empezó a hacer numerosas referencias a las “herejías” que podían ensuciar a Castilla: “desde Pasqua acá –escribía a Laínez–, se han descubierto en esta Corte y en otras partes muchas personas infectadas por la lepra abominable de Luthero, entre las cuales no faltan ilustres”. Anunciaba el comisario que la Inquisición ya se había puesto manos a la obra en los trabajos represivos, apresando a muchos de los miembros de este grupo. Por eso, aclaraba rápidamente que la Compañía había contribuido en estas labores, aunque ya advertía que algunos pretendían atar a los jesuitas con los falsos rumores. Existía la versión “jesuítica” del descubrimiento del supuesto grupo de luteranos de Valladolid y estas detenciones podían convertirse en una buena tarjeta de presentación de la Compañía, más todavía si conseguían alguna conversión espectacular. Borja se estaba convirtiendo, en el epistolario jesuítico, en el narrador privilegiado de lo que estaba sucediendo en la primavera de 1559 en Castilla. El destinatario de estas informacio-

⁶⁴ J.L. González Novalín, “La Inquisición y la Compañía de Jesús”, *Anthologica Annua* 37 (1990), pp. 11-56.

nes era Diego de Laínez⁶⁵. Una de las atendidas era la hermana de un yerno del propio Borja, Ana Enríquez, pues Juan Enríquez de Almansa y Rojas estaba casado con Juana de Borja⁶⁶. La “luna de miel” –como indica González Novalín⁶⁷– entre la Inquisición y la Compañía de Jesús no se prolongó demasiado después de la celebración de los Autos de Fe.

El inquisidor general, el arzobispo de Sevilla, Fernando de Valdés, publicó el polémico “Índice de Libros Prohibidos”, donde fueron incluidas una colección de obritas ascéticas del duque de Gandía aunque no todas se debían a su autoría⁶⁸. Una de ellas era la “Meditación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según las siete horas canónicas”. En 1550, el impresor afinado en Alcalá Juan de Brocar, incluyó junto con algunas pequeñas obras de Borja otros trabajos que no le pertenecían, bajo el título “Primera parte de las obras muy devotas y provechosas para cualquier fiel Christiano compuestas por el Ilustrísimo Señor Don Francisco de Borja, Duque de Gandía y marqués de Llombay”. Todo ello después de lo que se había publicado en 1548. Otros impresores siguieron su ejemplo para conseguir una mayor receptividad de la edición, aprovechando la llamada y atractivo que podía efectuar el nombre de Francisco de Borja. La mencionada “Meditación de la Pasión...”, por ejemplo, se debía a la autoría de fray Luis de Montoya⁶⁹. Los rumores se acrecentaron más cuando se afirmaba que Borja patrocinaba al arzobispo Carranza, sospechoso primero, detenido después por el Tribunal del Santo Oficio. Se sumaba la importante influencia de Francisco de Borja –insistimos comisario en España y Portugal– sobre la princesa-regente, habiéndose visto fomentada la

⁶⁵ “Carta Francisco de Borja a Diego de Laínez”, Valladolid 20 mayo 1558, en MHSI, *Borgia III*, p. 382.

⁶⁶ “Entre otros encargos que me hicieron los inquisidores –escribía Francisco de Borja– estuvo el de comunicar a doña Ana Enríquez la sentencia que pesaba sobre ella, además de darle ánimo y fortaleza para que la sufriera con paciencia y ánimo constante, cosa que hice –había sido condenada a portar el sambenito hasta llegar al cadalso, todo un género de muerte social–. Y con la ayuda de Dios (que tan necesaria era para mí) la consolé hasta tal punto que aunque ella hubiera preferido una muerte discreta a la ignominia pública, y caminase junto a los demás con cara de estar más muerta que viva, sin dejar por ello de mostrarse cristiana y conforme con la justicia divina, se sirvió de este único consuelo: pensar que a cambio del honor, la dignidad y la gloria perdidos con aquella ignominia pública, había recibido el conocimiento de la verdad y la sanción de sus pecados”, en “Carta Francisco de Borja a Diego de Laínez”, en MHSI, *Laínez IV*, pp. 361-367.

⁶⁷ J.L. González Novalín, “La Inquisición y la Compañía de Jesús (1559-1615)”, *Anthologica Annua* 41 (1994), pp. 77-102.

⁶⁸ C. de Dalmases y J.-F. Gilmont, “Las obras de San Francisco de Borja”, *Archivum Historicum Societatis Iesu* 30, n° 59 (1961), pp. 151-152.

⁶⁹ E.J. Alonso Romo, *Luis de Montoya, un reformador castellano en Portugal*, Madrid, 2008.

privanza de los nobles que se habían visto desplazados. Felipe II no desarrolló nunca la confianza que sus hermanas demostraron hacia los jesuitas.

García Hernán cree que esta inclusión fue una venganza del grupo de presión menos beneficiado en el Memorial que Borja había presentado ante los ojos del monarca. A todo ello, se habría de intensificar la relación tensa que va a existir entre Araoz y Borja, tras comprobar el primero cómo de meteórico había sido el ascenso del segundo dentro de la Compañía. Una tensión que se va a incrementar tras la primera Congregación de 1558, aquella que eligió como general a Diego de Laínez. Araoz gustaba especialmente de la vida social de la Corte. Informaba su ayudante, el padre Antonio Gou a Roma desde hacía años cómo importantes nobles y eclesiásticos vinculados con la Inquisición y los Consejos, esperaban la llegada del provincial castellano. El primero de ellos el príncipe de Éboli pero también el inquisidor Valdés, cuya actitud hacia la Compañía no fue siempre tan favorable como se mostró antes de 1559. Araoz frecuentaba también al obispo de Pamplona Antonio de Fonseca, presidente del Consejo Real, el cual prestó apoyo a los jesuitas en Valladolid desde su llegada. Parece ser, según se desprenden de las palabras del citado padre Gou, que el provincial castellano le servía de consejero en los asuntos que le solicitaba el obispo Fonseca: “el qual estaba muy quexoso por la ausencia del Padre, diciendo que le hauía hecho mucha falta acerca de algunos negocios de gouierno de las cosas del reyno que tocan á su cargo en las quales se descansa mucho con el Padre” [Araoz]⁷⁰. Por eso, Valladolid se había convertido en uno de los destinos favoritos de Antonio de Araoz, en una villa de servicios y numerosas negociaciones. El padre Córdoba, años antes, había confesado a Ignacio de Loyola, desde Salamanca, que poco trato había tenido con él: “por cartas entiendo que toma más cruz de negocios en Valladolid que sus hombros y otros más fuertes podrían llevar”⁷¹.

Borja viajó a Portugal, “disfrazado” aquel desplazamiento por una invitación efectuada desde la Universidad de Évora por el cardenal-infante Henrique de Portugal⁷². Parecía una “huida” que le alejaba de Castilla y que daba la razón a la

⁷⁰ “Carta Antonio Gou a Ignacio de Loyola”, Valladolid 25 enero 1554, en MHSI, *Epistolae Mixtae IV*, p. 46.

⁷¹ “Carta Antonio de Córdoba a Ignacio de Loyola”, Salamanca, 17 febrero 1555, en MHSI, *Litterae Quadrimestres III*, p. 308.

⁷² El cardenal-infante don Henrique (1512-1580) era hijo de Manuel I “el Afortunado” y la infanta María de Aragón, hermano menor de Juan III de Portugal, fue el destinado a recibir en la familia real las órdenes sagradas. A los veintidós años era arzobispo de Braga y lo fue después de Évora y Lisboa, además de gran inquisidor y de recibir el capelo cardenalicio. Apoyó la

Inquisición, unida a una defensa inactiva de su causa. Cándido de Dalmases defiende que Borja no se alejó de Castilla por temor al castigo aunque el Consejo de Inquisición deliberó sobre si debía ser arrestado. El historiador jesuita consideró que la razón de esta decisión radicaba más bien en el desencanto. De ahí que Felipe II comenzase su reinado con un lamentable malentendido entre Francisco de Borja y el Tribunal del Santo Oficio. Es más, se mostró indignado y apoyó a la Inquisición. No se sabía a quién estaba dirigida la prohibición, dentro de aquella unidad diversa y heterogénea de textos que era tan habitual en el mundo editorial de su tiempo. La intervención inquisitorial estaba siendo dura en esos “tiempos recios”. No fue el único afectado. Esta decisión provocó una notable controversia en el interior de la Compañía, aprovechada por el grupo opositor a Borja –especialmente representado por el tan citado padre Araoz–. Éste se dirigió al prepósito general Diego de Laínez para exponerle sus “perros” hacia el que había ascendido con rapidez vertiginosa y era su superior más próximo. Eso sí, Laínez no contempló bien el abandono de estas obligaciones. Con todo, la reina Catalina de Austria –reina de Portugal– le escribía para tratar de nuevas fundaciones en su corona, como era en 1560 la de Oporto: “siempre desseé que la Compañía assentasse en essa ciudad”⁷³.

Ante la incompreensión mostrada por Felipe II, Borja le respondió epistolarmente y le comunicó su decisión de no volver a Castilla y permanecer en Portugal, salvo para viajar a Roma. La solución final adoptada por Diego Laínez fue precisamente la de llamarlo al gobierno de la Compañía como su asistente. Las palabras de Laínez sobre el padre Francisco fueron expre-

expansión de los jesuitas dentro de Portugal y, tras la muerte de su hermano, actuó de regente de su sobrino Sebastián I desde 1562. Tras la desaparición de éste en la batalla de Alcazarquivir, don Enrique trató de ser dispensado de sus votos eclesiásticos, contraer matrimonio y continuar la dinastía de Avís pero Gregorio XIII no se lo permitió. Se convirtió por espacio de dos años en Rey-Cardenal, hasta su muerte en 1580. La corona, finalmente, recayó en su sobrino Felipe II, nieto de Manuel “el Afortunado”, cfr. P. Cardim, *Portugal unido y separado. Felipe II, la unión de territorios y el debate sobre la condición política del Reino de Portugal*, Valladolid, 2014.

⁷³ “Padre Francisco, ahora supe, cómo pasando vos por essa ciudad, el obispo [Rodrigo Pinheiro, obispo de Oporto], juez y vereadores os pidieron ordenássedes en ella vn colegio, por el gran fruto y servicio de nuestro Señor, que esperaban se haría. Y también supe, que vos se lo concediéades y que estauan ya en la ciudad algunos Padres: de lo que recibí mucho consuelo, porque siempre desseé, que la Compañía assentasse en essa ciudad. Y porque tendré gran gusto, si diéredes orden cómo se perpetúe; pues de ello se espera grande fruto, os ruego mucho, que lo hagáis assí. Yo escriuo al obispo, juez y vereadores sobre ello, y por cierto tengo holgarán dar toda ayuda, y fauor necesario para bien de ella. Escrita en Lisboa a veintiséis de Agosto de mil y quinientos y sesenta”, en “Carta de Catalina, reina de Portugal a Francisco de Borja”, Lisboa 26 agosto 1560, en MHSI, *Borgia III*, pp. 628-629.

sivas: “me ha quitado alguna vez el sueño”. Fue en octubre de 1560 cuando un breve de Pío IV instaba a Borja a viajar a Roma. Jesuitas como Antonio de Córdoba pensaban que el destino del que era todavía su comisario iba a confirmar todavía más la “huida” que había emprendido desde noviembre de 1559, un mes después del segundo Auto de Fe. El padre “don Antonio”, como le llamaban, resaltaba la santidad del que fue el duque de Gandía aunque no creía en sus capacidades para ejercer como comisario general y menos para las tareas de gobierno que había desarrollado⁷⁴. Y eso que Borja le había propuesto como provincial de Castilla y que manifestaba el afecto que existía entre ambas familias. La partida final hacia Roma no sentó demasiado bien en la Corte de Madrid. Borja quería pasar sobre ascuas por la Castilla de Felipe II pues seguía temiendo a la Inquisición. A pesar de todo se tuvo que detener en el noviciado de El Villar –el lugar donde se había establecido el propio de la provincia de Castilla tras Simancas– cuatro días por un ataque de gota⁷⁵. Araoz temía que las consecuencias las pagase toda la Compañía. Desde una reacción negativa del Rey, se explica que la posterior visita de Nadal fuese interrumpida. Además, la pragmática de 1559 impedía la salida de jesuitas de España o de dinero hacia el extranjero, lo que perjudicaba notablemente las aportaciones que la Compañía en España estaba realizando al futuro Colegio Romano.

A pesar de todos estos conflictos, las fundaciones continuaron sucediéndose en las provincias de España aunque también con clausuras de domicilios anteriores. Además de los mencionados de Ocaña y Toledo, se establecieron los Colegios de Segovia, Logroño y Palencia (en 1559), además del de Madrid (1560), este con la ayuda de Leonor de Mascareñas, la dama portuguesa que había cuidado en la infancia tanto a Felipe II como a su hijo el príncipe Carlos y que compró las primeras casas para este establecimiento⁷⁶. En realidad, la idea la había sugerido el embajador en Inglaterra, el conde de Feria –que

⁷⁴ B. de Alcázar, *Chrono-Historia de la Provincia de Toledo*, Madrid, 1710, t. II, pp. 3-4.

⁷⁵ “Ya por otra he dado cuenta ha VP de mi camino de Santiago, y cómo, pasando vna o dos jornadas dél, me dio la gota, y hallándome muy flaco y fatigado, me vue de ir á nuestro colegio del Villar, en el cual estuue quatro días. Y como después topé al P. Rodríguez y me dio cuenta de las cosas de Roma, y lo que VP mandaua se hiziesse por aca, boluí poco á poco á esta nossa casa de ho Porto, adonde me hallo más consolado y apartado de pesadumbres. Y aunque después estuue sangrado, y fue casi milagro no morir de vna caída que me hizo dar la rexa de nuestra iglesia, que se cayó sobre mí; con todo, me hallo ya con mucha mejoría, aunque no libre de otros accidentes ordinarios, specialmente de la quebradura, que me trae fatigado, aunque consolado por quitarme la ocasión de caminar”, en “Carta de Francisco de Borja a Diego de Laínez”, Ex Portu [Oporto], 10 octubre 1560, en MHSI, *Borgia III*, p. 629.

⁷⁶ J. Simón Díaz, *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, Madrid, 1952.

pronto habría de convertirse en duque de Feria y que había contraído matrimonio con una dama inglesa de la reina María I, Jane Dormer—. Una fundación que se encontraba relacionada con la estabilización que se estaba realizando de la Corte en Madrid. La cercanía del primer domicilio al Alcázar Real obligó a su traslado a la calle de Toledo. Por eso, no fue extraño que se tratase de un anterior paje de doña Leonor, el desde entonces jesuita Duarte Pereira, el que lo gobernase por vez primera. Borja decidió situar en este espacio mejor un colegio que una casa profesa (que llegó años después con el duque de Lerma para enterrar a su abuelo Francisco de Borja). No faltaron algunos conflictos con el concejo de la villa o con el regente de estudios de gramática, Juan López de Hoyos⁷⁷. Posteriormente se dio paso a los estudios de Teología con un aula abierta para doce estudiantes y una cátedra que fue fundada por la princesa Juana de Austria en 1573. Tiempo más tarde, y con la herencia de su hermana la Emperatriz, se transformaría en el Colegio Imperial de Madrid.

Era necesario que la Curia romana de la Compañía contase con hombres susceptibles de ser enviados a las provincias para así, contando con la variedad de los usos locales, hacer de este Instituto una religión uniforme. Esa era la misión de los visitadores o comisarios, considerados como oficiales extraordinarios, haciendo las veces del general aunque carecían del carácter judicial del que disponía un visitador de un obispado o de una Universidad. Aun así portaban poderes extensos, concedidos desde Roma que podían chocar con las funciones desarrolladas por los provinciales respectivos. Fueron adquiriendo un papel notable para la construcción de la identidad de la Compañía en cada rincón de su extensión, en las diferentes demarcaciones. Así lo hacía Jerónimo Nadal en España en 1561, investido de todos los poderes, como comisario y visitador, por parte del general Laínez y con dificultosos asuntos en la faltriquera: el mencionado apego de Araoz a la Corte y a los grupos de poder o el “exilio” de Borja. Nadal, sin embargo, se encontró con numerosas cortapisas para el ejercicio de su misión por parte del príncipe de Éboli, Rui Gómez de Silva, lo que le impidió recorrer las provincias de Aragón y Andalucía⁷⁸. Araoz no era

⁷⁷ F. Pérez Mínguez, *El maestro López de Hoyos*, Madrid, 1916; A. González Palencia, “El testamento de Juan López de Hoyos, maestro de Cervantes”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XLI, Madrid, 1920, pp. 593-603.

⁷⁸ Si esto ocurría en 1561, seis años antes así se describía a Rui Gómez de Silva: “el que lleua la presente es Mtro. Pedro de Ribadeneyra, el qual ynbíó en esas partes desde aquí por algunas cosas del diuino seruicio, que él mesmo dirá. Él y todos hemos de tener recuerdo siempre a V. Sría. Ilustrísima, como á protector nuestro y señor en el Señor nuestro, en lo que ocurriere, pues la ocasión que ha dado la prouidentia divina á V. Sría. de poder mucho ayudar las cosas de su santo seruicio y bien vniversal en el lugar y auctoridad que tiene, no dudo que

ajeno a estas disposiciones; se estaba valiendo de algunos cortesanos para limitar el alcance del visitador. A Nadal, en Plasencia, le esperaba una carta del rey Felipe en que le instaba a presentarse ante sí para revisar la potestad, instrucción y órdenes que portaba para visitar los colegios de la Compañía de estos sus reinos. Llegó hasta Medina del Campo, después de haber comenzado por Segovia, donde se encontró una nueva carta del príncipe de Éboli, encomendándole que abreviase todavía más la visita. En Valladolid apenas se detuvo y despachó desde aquí asuntos concernientes a las otras casas que, por las prisas a las que le habían invitado, no iba a poder visitar. Cuando entró en Alcalá en febrero de 1562, dividió la antigua provincia de Castilla en dos: Castilla la Vieja y Toledo. Terminaba así el prolongado gobierno de Antonio de Araoz (desde 1547), para ser sucedido en el norte por el padre Juan Suárez y en Toledo por Juan Valderrábano. Eso sí, para suceder en el cargo de comisario a Francisco de Borja, Nadal nombraba a Antonio de Araoz, aunque sustrayéndole su potestad sobre los colegios portugueses. La salida de Nadal hacia Francia fue inmediata. Le esperaba, desde 1564, la Asistencia de Austria y Germania superior, además de la superintendencia del Colegio Romano.

8. EL GOBIERNO DE BORJA SOBRE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

En colegios como el de Medina del Campo, se había conocido la muerte de Diego de Laínez por “vía de mercaderes”, a través de los correos que conectaban a los distintos hombres de negocios, con este centro de actividades y gestión de economía. Se convocaba la Congregación General II de la Compañía en 1566, lo que propició la elección del padre Francisco de Borja como tercer prepósito general. No todos los llamados acudieron a ella, como sucedió con Antonio de Araoz. Se mantuvo en la Corte madrileña, donde se consideraba “retenido” por Felipe II, el príncipe de Éboli y por un grupo de poder que Araoz conocía muy bien. Un historiador clásico de la Compañía como Ricardo García Villoslada indicó que ambos dos eran las cabezas de sendas corrientes que este autor definió como aulicismo –desde Araoz– y rigorismo –desde Borja–⁷⁹. Así relataba el primero el viaje interrumpido:

holgará V. Sría. no se pase sin mucho fructo, pues es de aquellos talentos, y muy principal entre ellos, de que quiere su vsura el sumo Señor, que los da para el bien particular y mérito de cada vno, y para el vniuersal”, en “Carta de Ignacio de Loyola a Rui Gómez de Silva”, Roma 29 octubre 1555, en MHSI, *Monumenta Ignatiana* X, p. 57.

⁷⁹ R. García Villoslada, *Manual de Historia de la Compañía de Jesús*, Madrid, 2ª edición, 1954, pp. 210-211.

“Quando partí de Valladolid, pensando que lleuaua saluoconducto para muchos meses, no lleuaua, según después paresció sino solo onze días de tiempo. Y aunque en Çaragoça auía nuevas galeras, yo no fuy a ellas confiando en el saluoconducto, que por lo que VR sabe de lo que la mar haze conmigo, scriuió VR mismo por el saluoconducto y sabe cuánto tiempo se detuuieron de ymbiarle, aun después que supimos que estaua concedido. Desto creo que se acordará el P. Polanco. Y en las montañas de Jaca, que yvamos por Tolosa, y á media jornada de França amenzándonos con el peligro de pasar por ella, mostramos el saluoconducto y os mostraron auer espirado; de lo qual todo scriuió á VR auía tomado testimonio. Y quando dimos la vuelta al camino real de Barcelona, entendimos, por pasajeros que se boluían, ser pasadas las galeras, y aunque vuiera otras, como no las auía, no pudiéramos llegar á la congregación. Y puédese creer que, quien tantas vezes a ydo de Spaña a Roma, por mar y tierra, que ninguna cosa le podía entibiar en la yda, specialmente en la congregación que yo tanto deseaba, y ver á mis Padres y hermanos charísimos en Christo y llegar á la sepultura de NP [Ignacio de Loyola], de buena memoria; y también entonces lleuaba comisiones y agora las lleuará mayores para SS, que le fueran gratísimas; y así todas las razones humanas y religiosas me prouocaban á la yda, más no pudiendo ser, resta alabar al Señor y tener paciencia, y sacar confusión y conosçimiento de mi inutilidad pues para tal efecto me falta salud”⁸⁰.

La elección de Francisco de Borja como prepósito general fue recibida con alegría en la Corte de España, a pesar de los rumores que habían circulado en su contra. La reacción por parte de los reyes, del príncipe don Carlos, de la princesa Juana y de los archiduques Ernesto y Maximiliano –hijos del emperador Maximiliano II y de María Austria, hermana de Felipe II y de la princesa Juana–, sobrinos del monarca hispano, estuvo repleta de entusiasmo, esperando que el nuevo tercer general de la Compañía realizase pronto una visita a Castilla. Uno de los primeros asuntos que trató Felipe II con Francisco de Borja fue su deseo de que el padre Antonio de Araoz no marchase a Roma para ejercer su cargo de asistente de España, encomendado por la Congregación General mencionada de 1566.

“Ya sabéis lo que os huuimos scripto y encargado cerca del Dr. Araoz, comisario general de la dicha Compañía, que al presente está en estos reynos que, por la necesidad que para algunas cosas de nuestro seruicio y bien, y beneficcio público teníamos de su persona, tuuiédeses por

⁸⁰ “Carta de Antonio de Araoz a Francisco de Borja”, Salamanca, marzo 1565, en MHSL, *Borgia IV*, pp. 4-5.

bien por agora él no saliese dellos, no embargante que estuuiese nombrado para asistir ay en Roma acerca de vos, y lo que vos acerca desto nos scriuistes y respondistes por vna vuestra de veinte y seis de Octubre pasado, diciendo que, aunque por agora, en cumplimiento de lo que por nos os era encargado, permitiríades que el dicho doctor Araoz no partiese destos reynos, y estuuiese en ellos, más que esto, conforme á la facultad que vos teníades y á la necesidad que haurá de su persona allá, auía de ser por poco tiempo, pasado el qual conuenía que fuese; y que así entendíades era nuestra uoluntad, pues no os hauíamos encargado que quedase, sino tan solamente por agora. Y porque la necesidad que de la persona de dicho doctor Araoz, para cosas de nuestro seruicio y bien y beneficio público destos reynos tenemos, es de más tiempo del que por vuestra carta significáis: y su ausencia para los dichos efectos haría mucha falta; y siendo esto así, pretendiendo, como vos pretendéis, el seruicio de Dios y nuestro y bien y beneficio público, somos cierto que, no sólo ternéis por bien que no haga ausencia, más se lo mandaréis; os encargamos que, teniendo consideración á esto, y para este efecto, no permitáis ni deis lugar á que haga mudança, y que así se lo ordenéis y mandéis; porque, demás de que, como está dicho, conuiene al seruicio de Dios y nuestro, y hauerle yo mandado que no salga destos reynos, recibiremos en ello particular satisfacción y contentamiento”⁸¹.

A su vez, Borja le comunicaba oficialmente, por vía epistolar, su elección como prepósito, haciendo profesión del servicio de la Compañía de Jesús a la Iglesia. Una actitud que conducía a los jesuitas a sentirse protegidos por las iniciativas de la Monarquía Hispánica. El prepósito general accedió, al menos desde una teórica temporalidad, a los deseos del Rey, aunque señalaba que Araoz, como asistente, era un individuo necesario en Roma. Felipe II no se conformó y, a través del comendador mayor de Castilla, Luis de Requesens, presionó a Borja para que Araoz no saliese nunca de España⁸². Sin duda, lo que menos debió gustar al prepósito fue que la petición real se encontrase

⁸¹ “Carta de Felipe II a Francisco de Borja”, Madrid 2 marzo 1566, en MHSL, *Borgia IV*, pp. 213-214.

⁸² “El comendador mayor de Castilla [Luis de Requesens] me dio la carta de VM [Felipe II] y me significó el seruicio que á VM se haría en ordenar al Dr. Araoz que se quedase de la manera que VM manda; lo que ha sido para mí muy gran consuelo por el fauor que VM haze á toda nuestra Compañía [...] se escriue al Dr. Araoz que, obedeciendo á VM como todos deuemos, no trate de su partida sino que atienda a dar VM toda la satisfacción posible por sí, y por todos nosotros [...] Y así suplicamos a NS le dé [a Antonio de Araoz] su gratia, para que en nombre de toda la Compañía sirua a V; en las ocasiones y cosas en que será seruido emplearle y que de todas ellas resulte la gloria del Señor”, en “Carta de Francisco de Borja a Felipe II”, Roma 22 marzo 1566, en MHSL, *Borgia IV*, pp. 221-222.

avalada por el príncipe de Éboli –que había encontrado en Araoz a un adecuado director espiritual– y por la princesa Juana de Austria, su antigua dirigida. Borja se tuvo que conformar con las peticiones, convertidas casi en mandatos del Rey Católico ¿Agradaban más a Borja otras peticiones como aquellas que solicitaban licencias para que los de la Compañía viajasen a las misiones de Perú, Florida y México? Probablemente así ocurría.

9. LA PROYECCIÓN DEFINITIVA DE LA COMPAÑÍA EN LAS INDIAS

Por supuesto, los jesuitas no podían ser los primeros en alcanzar las Indias. Habían existido propuestas tempranas como la del embajador del Emperador en la Corte romana, Juan Fernández Manrique, para enviar a todos los primeros compañeros –incluido al propio Ignacio de Loyola– a aquellos territorios que los conquistadores estaban ganando para Carlos V. El entonces pontífice consideró más oportuna su residencia en Roma. Más cercano a la bula paulina fue cuando el licenciado Juan de Arteaga y Avendaño, comendador de Santiago y antiguo compañero que había sido de Íñigo de Loyola en sus tiempos recios en Alcalá y Salamanca, fue preconizado obispo de Chiapas en el virreinato de Nueva España. Entonces ofreció esta mitra al propio Ignacio o a alguno de sus compañeros. Las peticiones continuaron a lo largo de los años centrales del siglo XVI e incluso a Juana de Austria le resultaba atractivo, en 1554, la fundación de un colegio de jesuitas en la “India del Perú”. En vida del propio fundador, éste había delegado en Francisco de Borja la plena potestad de los asuntos que habrían de resolverse para las Indias de Castilla. El hombre de la información, Juan de Polanco, elaboró un documento mientras se preparaba la Congregación General I (1558) referido a las misiones que se habrían de desarrollar entre los infieles, donde se preocupaba por analizar la necesidad de encontrar métodos adecuados con los que se consiguiese evangelizar a éstos, ideas que naturalmente no se reducían a América, cuyo camino de entrada también tenía que ser diseñado, quizás a través de Paraguay o México. Todas estas propuestas iban a ser discutidas posteriormente.

Se había producido una acumulación de sucesivos retrasos, por tanto, en los que tenía mucho que ver el propio Consejo de Indias que no ampliaba la encomienda de evangelizar a nuevas órdenes religiosas. Antonio de Araoz, todavía de opinión influyente en la Corte de Felipe II, se oponía a enviar misioneros a América, sobre todo, porque los colegios de España estaban carentes de muchos medios –por la misma razón que no aprobaba tampoco el envío de

dinero para el Colegio Romano— y sobre todo, porque en la metrópoli carecían de “obreros para esta mies”. Pero fue precisamente Araoz el que recibió —en su calidad de nuevo comisario general de España— el encargo de enviar veinticuatro miembros de la Compañía para la “conversión e instrucción de los naturales”. Era el 3 de marzo de 1566⁸³. Borja autorizó esta acción pero desde Roma se pidió a Araoz que no se dilatase en su ejecución. El primer escenario iba a ser Florida aunque poco tiempo después la Junta Magna, con el cardenal Diego de Espinosa al frente —presidente de Castilla—, expedía una Real Cédula para enviar otros veinticuatro jesuitas que acompañasen al que habría de ser el nuevo virrey del Perú, Francisco de Toledo⁸⁴. Al final, Borja conoció la organización de seis expediciones a las Indias: tres de ellas a Florida (1566, 1568 y 1570), dos a Perú (1567 y 1571) y una a México (1572). Para todas ellas, puso más empeño el provincial de Andalucía, Diego de Avellaneda, que el superior de Castilla. No se podían rechazar más ofrecimientos para el establecimiento de la Compañía en América. El primer colegio en las Indias occidentales fue el de Lima (en 1568), seguido por el de La Habana, que aunque de reducida existencia, se estableció como centro de formación y de futuras acciones en el ámbito de Florida, territorio en el que no se iban a cumplir las expectativas iniciales de la Compañía con la liquidación de los efectivos humanos. Precisamente, el envío de doce religiosos a Nueva España y la creación de la provincia de México, siguiendo cédulas reales de 1571, fue la última de estas seis expediciones. A esa intervención previa de Felipe II, todavía se había adelantado la carta que había dirigido la Ciudad de México al monarca. Estaba claro que era el propio rey Felipe el que controlaba, en virtud del regio patronato indiano, el establecimiento de cualquier orden religiosa en estas tierras.

Borja pensó también que, para reorganizar las misiones, se podía hacer a través de los visitadores con los “Avisos e instrucciones para visitadores de la Compañía”⁸⁵. A su muerte, en las Indias occidentales existían fundadas tres provincias de la Compañía: Brasil en el ámbito portugués —y de establecimiento mucho más temprano—, además de Perú y México en el ámbito hispano. Por supuesto, todas ellas contaban con las mismas gracias y privilegios que el

⁸³ MHSI, *Monumenta Antillas Florida*, “Carta del rey Felipe II a Antonio de Araoz”, Madrid, 3 marzo 1566, pp. 41-42; MHSI, *Monumenta Antillas Florida*, “Carta del rey Felipe II a los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla”, 24 marzo 1566, p. 625.

⁸⁴ MHSI, *Monumenta Peruana I* (1565-1575), edición de Antonio Egaña, Roma, 1954: “Carta de Felipe II al preposito general de la Compañía de Jesús, Francisco de Borja”, Madrid, 11 octubre 1568, pp. 222-223.

⁸⁵ “Avisos e Instrucción para los visitadores de la Compañía”, Roma 16 marzo 1567, en MHSI, *Borgia IV*, pp. 444-446.

pontífice había concedido anteriormente a los jesuitas que habían empezado a trabajar en las Indias orientales portuguesas. Había establecidos distintas “Instrucciones”, particulares para cada uno de los escenarios, en las que llamaba a los misioneros a la necesidad de aprender distintas lenguas de este inmenso universo. Líneas de actuación que no solo indicó a Jerónimo Ruiz del Portillo en Perú⁸⁶ sino también al nuevo provincial de la de Nueva España, Pedro Sánchez. En aquellos primeros momentos, el general pedía a sus religiosos que existiese entre ellos una ayuda y comunicación constante, así como con sus superiores. Llamaba a que los jesuitas se ocupasen especialmente de los cristianos, para pasar después a los trabajos con los proyectos. Tampoco tenían que parecer misioneros itinerantes constantes. No debían ser arriesgados innecesariamente en cuanto a su seguridad, pues no habrían de establecerse en iglesia o residencia donde no existiese guarnición española. Ser mártir por serlo podía contribuir a la propia salvación del religioso pero ponía en peligro seriamente los proyectos que se habían abierto y realizado, pues con falta de misioneros nada se podría hacer. La correspondencia con el superior era signo de protección y seguridad. Nuevas instrucciones para Indias habrían de llegar durante el gobierno de su sucesor Everardo Mercuriano. Muchos cambios también, entre ellos la llamada doctrina de Juli (en 1576), con una nueva forma de actuar pastoralmente los jesuitas en tierras de misión.

10. LA ÚLTIMA E INESPERADA MIRADA DE BORJA SOBRE LOS REINOS HISPANOS

Podría pensarse que Borja jamás iba a volver a España. Pero no ocurrió así. La última etapa de la vida de este prepósito general es un regreso a territorios españoles, viéndose obligado a abandonar el gobierno central del Instituto. Antes se encontraba su profesión solemne, ese voto de disponibilidad a las misiones que el Papa les encomendase. El papa, fraile dominico, Pío V, le mostró su afecto y en 1570 le encomendó la Penitenciaría de la basílica de San Pedro de Roma. Eso sí, manifestó también sus problemas para con la Compañía y en su “modo de proceder”. Pero Pío V pedía a Francisco de Borja que se convirtiese en el consejero del legado Alejandrino, el cardenal Carlo Michele Bonelli, en plena misión diplomática a España y Portugal⁸⁷.

⁸⁶ “Carta de Francisco de Borja al padre Jerónimo Ruiz del Portillo. Instrucción para las cosas que se encargan al Padre Portillo y a los otros Padres quevan a las Indias de España en março 1567” en MHSL, *Monumenta Peruana I*, pp. 121-124.

⁸⁷ E. García Hernán, *La acción diplomática de Francisco de Borja al servicio del pontificado, 1571-1572*, Valencia, 1998. La madre de Carlo Michele Bonelli, Domenica Giberti, era sobrina

Nada hizo desistir al pontífice a pesar de la proximidad de la Congregación de procuradores y de los achaques del propio Borja. Juan de Polanco no pudo convencer al Papa para que prescindiese de los servicios de su prepósito general. El cardenal-legado tenía distintas tareas encomendadas. En primer lugar debía atraer a Felipe II hacia la cruzada contra los turcos, además de negociar con los monarcas franceses, españoles y portugueses el cese de los conflictos jurisdiccionales entre la Santa Sede y las respectivas coronas, por asuntos en que ambas partes se sentían implicadas. Otra legación de Pío V fue remitida al emperador alemán y al rey Segismundo de Polonia, acompañada por el también jesuita Francisco de Toledo, después también creado cardenal.

Emprendieron camino desde Roma el 30 de junio de 1571, llegando a Barcelona casi dos meses después. Entraba en su antiguo virreinato, en el Principado de Cataluña, y en la Monarquía Hispánica de la cual había salido precipitadamente a causa de la Inquisición. Es cierto que en 1566, cuando Borja fue elegido prepósito general, Felipe II esperaba una visita a Castilla para reconciliar unas relaciones que se habían deteriorado desde esos tiempos pasados. Años después, en Barcelona recibía las correspondientes cartas de bienvenida de los poderes locales, incluida la de la Inquisición por él tan temida. Portaba estas misivas su mencionado hijo Fernando de Borja:

“Reuerendo y deuoto Padre –se dirige por carta Felipe II– Embiando á don Fernando de Borja á visitar al cardenal Alexandrino, he querido escriuiros con él, y auisaros del recibo de vuestra carta de dos de Iunio, y agradeceros mucho el cuidado y voluntad con que auéis hecho proueer a los doze religiosos de vuestra Compañía para la Nueva España, y deziros que he holgado grandemente de entender vuestra venida; y holgaré asimismo de veros como os lo dirá don Fernando [Fernando de Borja, su hijo], á quien he mandado que os visite de mi parte y me auise de vuestra salud”⁸⁸.

“La merced que VM me haze en mostrarse seruido de mi venida, avnque yo no estuuiera tan obligado á su real seruicio me obligara de

del papa Pío V. Profesó como fraile dominico en el convento romano de Santa María sopra Minerva en 1559, estudió en el Colegio Germánico y fue profesor de Teología de la Universidad de Perugia. Fue creado cardenal en 1566 con el título de la mencionada iglesia de los dominicos; Grande Prior de Roma de la Orden Soberana de Malta; camarlengo por espacio de dos años hasta que su tío, el Papa, vendió este oficio al cardenal Luigi Cornaro para obtener fondos para la guerra contra el turco. El título de “Cardinale Alessandrino” era imaginado por su tío. Se distinguió a partir de este viaje con Francisco de Borja como un notable diplomático romano. Murió en marzo de 1598.

⁸⁸ “Carta de Felipe II a Francisco de Borja”, San Lorenzo de El Escorial, 15 agosto 1571, en MHSI, *Borgia V*, pp. 619-620.

nueuo para seruir toda la vida [...] y por ser tan presto la llegada, si al Señor place, avnque á mi se haze tan larga, según desseo besar los pies a VM, dejaré para entonces lo que no es para agora, suplicando á la divina magestad, como yo se lo suplico y desseo, y como todos sus vasallos hauemos menester; y especialmente nos dé un príncipe que sea alegría y consuelo de todos sus reynos”⁸⁹.

Palabras que ilustraban la proximidad del parto de la reina Ana de Austria, sobrina del monarca y su cuarta esposa –hija de su hermana María de Austria y de su primo el emperador Maximiliano II–. Se disponía a parir a su hijo primogénito, el que habría de ser príncipe de Asturias, don Fernando. Subieron a Montserrat, se encaminaron hacia Valencia donde fue recibido por su hijo y heredero en el ducado de Gandía, Carlos de Borja y su nieto el marqués de Llombay. Ya en la capital del Reino, se encontró con su virrey y con su arzobispo Juan de Ribera, que le pidió que predicase en la Catedral⁹⁰. Visitó el noviciado de Villarejo de Fuentes propio de la provincia de Toledo y antes de entrar en la Corte madrileña fueron recibidos por el cardenal Diego de Espinosa. Si el Cardenal legado consiguió arrancar de Felipe II un compromiso contra los turcos, en los mencionados días de Lepanto –en su escuadra estaban embarcados ocho jesuitas⁹¹–, no se llegó a alcanzar un acuerdo en lo que correspondía a los conflictos jurisdiccionales, según ha estudiado en la mencionada obra García Hernán⁹². Mientras, Borja no perdía el tiempo en los negocios de la Compañía. Su correspondencia, mientras iba de camino por Aragón y Castilla, atendía la primera y mencionada expansión de los jesuitas en Nueva España. De hecho, se pudo encontrar con el que habría de ser el provincial de los que se iban a establecer en México, el mencionado padre Pedro Sánchez. También le ocupaba la expansión de la Compañía por estos reinos peninsulares, como le comunicaba Borja a Jerónimo Nadal que permanecía en Roma: “espero antes de partir quedará concluido la fundación deste collegio de Madrid”. Felipe II le recibió y se encontró ya con un Francisco de Borja de salud muy quebrantada, maltratado en este caso por las incomodida-

⁸⁹ “Carta de Francisco de Borja a Felipe II”, Barcelona 31 agosto 1571, en MHSI, *Borgia* V, p. 623.

⁹⁰ E. García Hernán, “Tres amigos de Juan de Ribera, arzobispo de Valencia: Francisco de Borja, Carlos Borromeo y fray Luis de Granada”, *Anthológica Annua*, 44 (1997), pp. 485-546.

⁹¹ M. Rivero Rodríguez, *La batalla de Lepanto. Cruzada, guerra santa e identidad confesional*, Madrid, Sílex, 2008; E. García Hernán, “La asistencia religiosa en la Armada de Lepanto”, *Anthologica Annua* 43 (1996), pp. 213-263.

⁹² E. García Hernán, *La acción diplomática de Francisco de Borja al servicio del Pontificado, 1571-1572*, Valencia, 2000.

des del viaje. En la Corte no dejó de visitar el convento de las Descalzas Reales, del cual era abadesa su hermanastra Ana de Borja bajo el nombre de sor Juana de la Cruz, con la presencia también de su nieta Francisca. Antes de salir de Madrid, Borja regaló a Felipe II un fragmento del Lignum Crucis.

La legación prosiguió hasta Lisboa⁹³ donde ejercía de embajador otro hijo del padre Francisco, Juan de Borja, cuyos hijos a su vez habrían de ser notables protectores de la Compañía, tanto el príncipe de Esquilache –Francisco de Borja, virrey en el Perú– como sus hermanas Magdalena (condesa de Fuensaldaña) y Leonor (para la casa de Loyola)⁹⁴. La tarea que el Legado debía tratar conectaba, en parte con aquella misión que Francisco de Borja había recibido del Emperador años atrás. Para entonces, en 1568, el príncipe Carlos había fallecido tras los graves problemas con su padre Felipe II. Ahora era menester que la princesa Margarita de Valois, hija de los reyes de Francia (Enrique II y Catalina de Medicis) contrajese matrimonio con el joven rey Sebastián I de Portugal. Se quería evitar que esta princesa (como ocurrió en efecto) se casase con Enrique de Navarra, el futuro Enrique IV de Francia, que había abrazado la reforma protestante. Ya para entonces Borja, desde Madrid, había informado al padre Nadal que el rey Sebastián había pagado lo que debía en limosnas en relación con las casas profesas de Castilla, en este caso la de Burgos cuando ya existía desde 1565 con mucha precariedad la de Valladolid⁹⁵.

Por encargo de Felipe II y de su tía Catalina de Habsburgo, Borja todavía debía seguir acompañando al legado a la Corte francesa, entonces establecida en Blois. La reina Catalina de Médicis, viuda de Enrique II, le concedió audiencia el 10 de febrero de 1572 a Borja, no contando con ningún éxito el Legado en su tarea. El regreso a Roma fue muy penoso, viéndose obligado a detenerse en varias ocasiones. Cuatro meses tuvo que permanecer en Ferrara y allí tuvo conocimiento de la muerte de Pío V el 1º de mayo de 1572. Él quiso seguir hasta el horizonte final, con la misión concluida por obediencia. Murió el 30 de septiembre, en la medianoche. Juan de Polanco se mostró raudo en los días siguientes, de informar a Felipe II y a Juana de Austria de lo acaecido. El eficaz secretario que lo había sido de Ignacio de Loyola, Diego de Laínez y

⁹³ J.B.Venturino, *Relação da viagem do cardenal Alexandrino, legado do papa Pío V à corte de Portugal*.

⁹⁴ J. Burrieza Sánchez, “Las inquietudes fundacionales de los descendientes de Francisco de Borja en la Compañía”, en *Francisco de Borja y su tiempo. Política, Religión y Cultura en la Edad Moderna*, editado por E. García Hernán y Mª P. Ryan, Valencia-Roma, 2011, pp. 285-318.

⁹⁵ “Carta de Francisco de Borja a Jerónimo de Nadal”, Madrid 26 octubre-8 noviembre 1571, en MHSI, *Borgia V*, p. 633.

Francisco de Borja, futuro prepósito general si no hubiese intervenido el papa Gregorio XIII, insistía a la Princesa acerca de la necesaria protección que habrían de seguir teniendo de su persona los jesuitas aunque hubiese muerto el padre Francisco. Al príncipe de Eboli se lo tendría que comunicar Antonio de Araoz⁹⁶:

“Atréuome á hazer esto, por no caer en la falta que juzgo sería, si no diese cuenta a VM del tránsito de un su tan aficionado sieruo, como lo fue nuestro Padre general Francisco de Borja, cuya uoluntad á las cosas del seruicio de VM fue siempre tal qual él y toda esta mínima Compañía reconocía ser su obligación y la reconocerá perpetuamente. Quiso partirse de Ferrara por consejo de los médicos, que le dauan, quedándose ally, pocos días de uida, por mudar ayre, y cumplir un uoto que tenía de uisitar la sancta casa de Loreto, á donde llegó con gran consolación suya, y con alguna mejoría de salud. Partió de allí para Roma, y llegó aquí á los 28 del pasado, cosa que él auía deseado mucho, y pedido nuestro Señor fuese seruido traerle á morir en uno destos dos sanctos lugares. Fuélo su diuina magestad de cumplirle este deseo, porque al cauo de siete u ocho meses de muy graue enfermedad, en la qual esperamos se le aurá augmentado ante el diuino acatamiento la corona de sus virtudes, quiso acabase esta peregrinación al tercero día después de ser llegado a Roma. Fue su muerte, por dezirlo á VM en breue, qual fue su uida y según las causas naturales y opinión de los médicos que le curauan, parezía que el llegar aquí fue querer la diuina bondad dar esta consolación a él y á tantos hijos como aquí tenía, que muriese entre ellos [...] Resta solo suplicar humildemente á VM sea seruido continuar la protección que siempre ha tenido desta nuestra Compañía, la qual perpetuamente estará con la diuina gracia muy prompta, según sus pocas fuerças, al seruicio de VM cuya S.C.R. persona guarde y prospere NS con grande augmento de su santíssima gracia para mucho bien de sus reynos y de toda la xpianidad como todos se lo suplicamos siempre”⁹⁷.

“Parecióme deuía dar quenta de todo esto á VA, porque sé la muy particular afición que nuestro bendito Padre siempre tuuo al seruicio de

⁹⁶ “Va aquí una para la princesa [no habla de Matheo Sánchez], donde le doy un poco de cuenta de la pasada de NP á mejor vida: VR, me hará charidad de hazérsela dar. Al señor príncipe Ruigómez pensaba que por ventura conuernía dar razón pero, como indispueto y ocupado, he tomado vía más corta de escreuir á VR y encomendarle cumpla por mí como mejor le pareciere; y lo mismo si ubiese alguna otra persona en esa corte, con quien le parezca deba cumplirse”, en “Carta de Juan de Polanco a Antonio de Araoz”, Roma 12 octubre 1572, MHSI, *Borgia V*, p. 718.

⁹⁷ “Carta de Juan de Polanco a Felipe II”, Roma 10 octubre 1572, en MHSI, *Borgia V*, pp. 711-712.

VA, la qual por su benignidad también sé que tenía muy particular uoluntad de hazelle toda merced. No pienso con esto perderá nada VA con que dicho nuestro Padre esté en estado, que con sus orationes delante [de] Dios nuestro Señor pueda hazerla más releuantes seruicios que nunca pudo. Los que acá quedamos desta mínima Compañía hemos de recurrir siempre á VA, como á señora que tiene la protección de todos, y así supplico humildemente á VA continúe en su acostumbrada uoluntad de hazernos merced en las cosas del diuino seruicio”⁹⁸.

Parece que, con aquella visita, se había producido un reencuentro final entre Borja y Felipe II, hasta el punto de afirmar el monarca que “no hay que dudar sino que la Compañía es la religión que ahora más fruto hace en la Iglesia de Dios”.

11. JUAN DE AUSTRIA, CRIADO POR UNA MADRE DE LA COMPAÑÍA

En las coordenadas de expansión de la Compañía de Jesús, sobre todo en la provincia de Castilla, siempre encontramos a Magdalena de Ulloa, viuda del señor de Villagarcía Luis de Quijada, matrimonio que había permanecido al servicio de Carlos V, como mayordomo suyo que había sido en Flandes. Tras el nacimiento de un hijo, fruto de la relación del Emperador con la alemana de Ratisbona Bárbara Blomberg, el que habría de ser Juan de Austria en 1547, fue encomendado al ayuda de cámara Adrián de Bues, después al músico del Emperador Francisco Massy y su esposa, así como a un eclesiástico de Leganés llamado Bautista Vela. Era el momento de encontrar, ante el descontento, a los que habrían de ser criadores definitivos de este niño, ya de siete años, los mencionados Luis de Quijada y Magdalena de Ulloa. El cortesano Carlos Prevost lo recogió en Leganés y lo trasladó a Villagarcía de Campos donde lo recibió doña Magdalena. El nombre de su progenitor no es conocido. El joven es nombrado como Jeromín. Los primeros preceptores con los que cuenta no son jesuitas y será en 1556 cuando conoce también al que llama “tío”, Luis de Quijada, que procedía de Flandes con el fin de preparar el regreso definitivo de Carlos V. La misma princesa gobernadora, para suplir el desorganizado recibimiento inicial que se había tributado al Emperador, le solicitó a don Luis que acudiese a encontrarse con él. Tras haber pasado por Valladolid, donde Carlos V no pretendió detenerse en demasía y donde contempló a qué se podía enfrentar la dinastía en un futuro con el príncipe Carlos, primogé-

⁹⁸ “Carta de Juan de Polanco a Juana, princesa de Portugal”, Roma 12 octubre 1572, en MHSI, *Borgia V*, p. 717.

nito de Felipe II, expuso a Luis de Quijada su deseo de que acudiesen a él acompañados por Jeromín para poderlo conocer. Así sucedió en los primeros días de julio de 1558. El llamado “Anónimo de Yuste” describía este encuentro o una de las visitas: “de doña Magdalena de Ulloa, mujer de Luis de Quijada, que vino con el infante don Juan de Austria, la cual entró con su infante por la puerta del oratorio del Emperador, y muy en breve se tornó a salir”⁹⁹. Pocos días después, en septiembre, fallecía en Yuste Carlos V. En la Corte vallisoletana de doña Juana empezó a circular cual era la auténtica identidad del sobrino de los Quijada y desde Cuacos don Luis se lo comunicó a Felipe II, un 28 de octubre de 1558, en que el monarca se hallaba todavía en Flandes. El Rey se encontró en una sucesiva correspondencia lo suficientemente informado. El encuentro se habría de producir, finalmente, en el monasterio de la Santa Espina, en las cercanías de Villagarcía, un 28 de septiembre de 1559, con Felipe ya en Castilla. Fue un reconocimiento del linaje del que procedía y de su condición de hermano. Debía ser llevado a la Corte de Valladolid el 2 de octubre y allí ya recibir el tratamiento de “Su Excelencia”, aunque no el de Alteza o infante que nunca lo tuvo. Con los años, antes de ser gobernador en los Países Bajos, recibió la distinción más preciada en la dinastía, el Toisón de Oro. Sin embargo todavía no habíamos llegado a esos tiempos sino a la entrada en sociedad en Valladolid, cuando el joven disponía apenas de doce años.

Luis Quijada se convirtió en su ayo, en el gobernador de su casa, por lo que el matrimonio se trasladó a Valladolid a las casas que poseía Magdalena de Ulloa. Dispuso Felipe II que su hermanastro recibiese la misma formación que su hijo Carlos y su sobrino Alejandro Farnesio, hijo de Margarita de Austria, por lo que pasaron a Madrid y Alcalá de Henares. Y aunque se había pensado para él la condición de eclesiástico con un capelo cardenalicio, esta vida no fue considerada la más oportuna para su persona. Su carrera habría de ser la militar como demostró ya en la jornada de Malta. El Rey le obligó a regresar pero ya tuvo claro que su hermano no era un candidato para ser hombre de Iglesia. A finales de 1567, con apenas veinte años, tuvo una relación con una dama de la princesa de Éboli, María de Mendoza, y todo desencadenó el nacimiento de su hija Ana de Austria. Era menester mantener el secreto y, de nuevo, esta niña fue confiada a Magdalena de Ulloa, regresando a Villagarcía hasta que tuvo siete años. Fue en ese momento, cuando doña Ana fue conducida a uno de los conventos habituales para acoger a miembros de la familia real, nacidos de rela-

⁹⁹ Cit en M. Gutiérrez Semprún, “Magdalena de Ulloa y Juan de Austria”, en VV.AA., *Doña Magdalena de Ulloa, mujer de Luis Quijada 1598-1998. Una mujer de Villagarcía de Campos*, Valladolid, 1998, p. 26 (pp. 25-35).

ciones extramatrimoniales. Era el de las agustinas de Madrigal, edificado sobre las casas de Juan II de Castilla, donde había nacido la reina Isabel La Católica y donde ya habían vivido dos hijas de Fernando el Católico como monjas, tías de Carlos V con las que mantuvo una notable relación. La vida de Ana de Austria no se detuvo allí como después veremos. Sin embargo, don Juan se arrepintió de aquella relación, prometió retirarse temporalmente al convento de El Abrojo pero mantuvo la casa y sobre ella su gobernación Luis de Quijada, mientras Magdalena de Ulloa cuidaba de su mencionada hija.

Don Juan, en los años posteriores, estuvo en los más importantes escenarios de la Monarquía, entre los que se encontraba el apaciguamiento de la rebelión de las Alpujarras. Felipe II sabía de su valentía pero no se fiaba de su presencia y pidió a Luis de Quijada, junto con otros, que permaneciese a su lado. Ambos dos fueron heridos pero el señor de Villagarcía de notable gravedad muriendo el 25 de febrero de 1568. Su esposa fue inmediatamente avisada. Después de preocuparse don Juan que los servicios prestados por Luis de Quijada a Carlos V y Felipe II fuesen recompensados, él fue nombrado Generalísimo de la Gran Armada contra el turco que desembocó en la victoria de Lepanto. En los meses posteriores, donde no le faltó el envío a su “tía” de un “Lignum crucis” en un relicario de plata, Juan de Austria moró en Italia donde volvió a ser padre fruto de su relación con Diana Falangola, descrita ella con entusiasmo y belleza a su hermana Margarita de Austria, duquesa de Parma. La bautizaron a su hija como Juana y fue precisamente su hermanastra la que se convirtió en la criadora de esta nueva hija de don Juan¹⁰⁰.

¹⁰⁰ También conocida como Giovanna de Austria (Nápoles 1573-1630). Su nombre se debe a su tía paterna, la princesa gobernadora de Castilla y viuda de Portugal, que había fallecido pocas semanas antes de su nacimiento. Permaneció junto a su tía Margarita de Austria o de Parma hasta que ésta fue requerida, de nuevo, como co-regente en los días de su hijo Alejandro Farnesio en los Países Bajos. En 1580 su tío Felipe II estableció que debía regresar a Nápoles donde, por espacio de diez años, permaneció en la abadía real de Santa Clara, como continuación de lo iniciado por su tía. Se valió de su primo Alejandro de Farnesio para que el Rey le facilitase un cambio de domicilio que fue a las afueras de Nápoles, en una villa de caza de los virreyes. El duque de Lerma, a través del conde de Lemos como virrey, la controlaba pero en 1602 pidió a su primo Felipe III que no tuviese que estar bajo vigilancia. Cuenta, gracias al Rey, con una renta de tres mil ducados y una dote de 60.000. Así, contrajo matrimonio al año siguiente con el noble siciliano Francisco Branciforte, convertido por sus padres en príncipe de Pietraperzia, con el escenario para la ceremonia, del palacio real de Nápoles, para esta nieta, en doble secreto, de Carlos V. De sus tres hijas, solamente Margarita alcanzó la edad adulta. Su obra de patronato fue la fundación de la iglesia de Santa María de la Victoria de Nápoles, con donación de la misma a los padres teatinos, orden que se confundía con los jesuitas. Doña Juana enviudó en 1622 y murió ocho años más tarde.

En 1576 se convertía en gobernador general de los Estados de Flandes por disposición de Felipe II. Antes de emprender viaje se despidió de doña Magdalena en El Abrojo. Ahí, además de otros regalos, la entregó varios breves y bulas que habían sido concedidas por el Papa para ser aplicadas a la iglesia del Colegio de San Luis que había fundado en el centro de sus estados, en Villagarcía de Campos, con los jesuitas como beneficiarios. Iba a ser la última vez que se iban a ver. Los de la Compañía ya se hicieron eco, entre ellos el cuarto prepósito general Everardo Mercuriano, del estado de ánimo que esta separación podía provocar en doña Magdalena, según le había comunicado el provincial de Castilla Juan Suárez. Pero entre ambos se mantuvo la conveniente correspondencia. Desde Flandes, don Juan le solicitó a doña Magdalena que, tras haber conocido a la que había sido su madre Bárbara Blomberg, había decidido enviarla a España de acuerdo con el propio Felipe II. De nuevo, la pedía que se encargase de su cuidado. La dama fue recibida por los marqueses de La Mota, hermanos de la señora de Villagarcía, permaneciendo en su palacio por espacio de tres meses. Bárbara Blomberg decidió retirarse al convento de las Dominicas Reales de San Cebrián de Mazote. Los dos primeros años, de los gastos se ocupó Magdalena de Ulloa hasta que Felipe II la concedió una pensión vitalicia. Desde 1580 abandonó San Cebrián para pasar a residir en Colindres y morir en Ambrosero, en Cantabria en diciembre de 1597. Fue enterrada en el monasterio de Montehano, en Escalante, también en tierras cántabras. Un año después fallecía Magdalena de Ulloa¹⁰¹, casi al tiempo que Felipe II.

Antes había muerto Juan de Austria, en Bouge el 1º de octubre de 1578. Según relata Juan Eusebio Nieremberg, en su enciclopedia hagiográfica de “Varones Ilustres de la Compañía de Jesús”, cuando trataba del célebre predicador Juan Fernández¹⁰², se hacía eco de como éste había atendido a Juan de

¹⁰¹ J. Burrieza Sánchez, “Ulloa, Magdalena de”, en *Diccionario Biográfico Español*, Madrid, 2013, t. XLVIII, pp. 600-601.

¹⁰² “De Roma fue a Loreto [el padre Juan Fernández], de donde pasó a Flandes al ejército Real con el Padre Antonio de Salamanca, estando el señor don Iuan de Austria retirado a Lucemburg, por auerse vuelto a leuantar los Estados por el año de 1576. Allí estuuu cinco años predicando y confesando, y padeciendo extraordinarios trabajos [...] Lleuóle consigo a la batalla Naual y después a Flandes. Y aunque tenía su Confessor vn Padre graue y docto de san Francisco, con quien se confessaua algunas fiestas principales: pero todo lo particular de su conciencia lo comunicaua con el Padre Iuan Fernández, haziendo con él sus ordinarias confesiones, que eran bien amenudo y con su dirección anduuu tan concertado desde que le trató, que parecía vn Religioso, y ningún día por más apretado que estuviesse de enemigos, dexó de tener vna hora de oración retirada. Y vltimamente para disponerse para la muerte se confessó generalmente de toda su vida, y le ayudó a morir; y después de algunos días le apareció al Padre estando en vn Colegio nuestro y le dixo Padre Iuan Fernández, como os auéis olvidado de los

Austria en el lecho de su muerte. Entonces, el hijo de Carlos V le había mostrado un libro manuscrito de pequeño tamaño que confesaba don Juan haber rezado cada uno de los días de su vida y que comenzaba con las “infantiles oraciones que aprendió en su niñez de doña Magdalena de Ulloa”, completadas después por otros ejercicios e, incluso, por oraciones que él mismo había compuesto: y pidió a dicho Padre, que se las rezara ya que él no podía ya leerlas¹⁰³. Apartándose de la hagiografía de Nieremberg, Víctor Peña Abejón, en recientes y prometedoras investigaciones, ha puesto de manifiesto el papel de los jesuitas como capellanes en el Ejército de Flandes, así como su asistencia social¹⁰⁴. Anteriormente, Francisco de Borja Medina¹⁰⁵ resaltó también el papel controvertido del jesuita Pedro Trigoso como confesor interino de Juan de Austria. Y de esta manera, participó en las conversaciones de paz de Huy en 1577, tratando que el gobernador de estos territorios aceptase las propuestas de los Estados Generales. Actuaban como confesores y directores espirituales y aportaban su opinión sobre las repercusiones que pudiesen tener determinadas acciones, con lo que podía provocar la reacción hostil por esa relación que tenían con el poder. De ahí que Trigoso volviese a Castilla en ese mismo año de 1577.

12. CRONISTAS DE UNA CONSPIRACIÓN DENTRO DE LOS HABSBURGO

Allí donde hubiese un hecho notable que narrar o una situación que redirigir encontramos a un jesuita. Fue el padre Hernando de la Cerda el que escribió la historia del Pastelero de Madrigal, conservada manuscrita en la Biblioteca Nacional, con la intención de eliminar todo lo que tenía de novelesco esta historia. Estamos hablando de la deseada suplantación que el fraile portugués, fray

amigos? El Padre le dixo. No me he olvidado, señor: más que es menester ahora que yo haga? Díxole, que tenía necesidad de que le ayudasse con sus sufragios, y hiziesse ciertas cosas. Hizo el sieruo de Dios con muchas veras y presteza, lo que le pidió, diziéndole Missas, haziendo por él oración y penitencias y haziendo a los demás que hiziessen lo mismo. Y al cabo de pocos días le tornó a aparecer ya glorioso, y resplandeciente, diziéndole, que ya iba al cielo, y muy agradecido a las buenas obras que auía hecho por él”, en J.E. Nieremberg, *Firmamento religioso de luzidos astros en algunos claros varones de la Compañía de Iesus. Cumplense en este Tomo, y en el antecedente una Centuria entera por el P...*, de la misma Compañía, Madrid, por María de Quiñones, 1644, p. 12.

¹⁰³ C.Mª. Abad, *Vida de Doña Magdalena de Ulloa*, Madrid, 1956.

¹⁰⁴ Investigaciones que ha desarrollado Víctor Peña Abejón en el Trabajo de Fin de Grado de Historia de la Universidad de Valladolid, bajo el título *Entre la virtud de Cristo y la disciplina de Marte. Los capellanes jesuitas en el Ejército de Flandes*; y en el Trabajo Fin de Máster bajo el título *Sol in Leone Belgico: la asistencia espiritual en el Ejército de Flandes*, en la misma Universidad.

¹⁰⁵ F. de Borja Medina, “Pedro Trigoso”, en *Diccionario Biográfico de la Compañía de Jesús*, Madrid-Roma, t. IV, p. 3840.

Miguel de los Santos —exiliado de su patria por haber intrigado en favor del pretendiente al trono portugués tras 1578, el prior de Ocrato— estaba dispuesto a realizar del desaparecido rey Sebastián de Portugal, a través del pastelero de Madrigal, Gabriel de Espinosa. La pieza femenina necesaria fue Ana de Austria, la primogénita de las ilegitimidades de Juan de Austria, moradora del convento de las agustinas de aquella localidad. Ambos estaban pensados para ser la nueva e hipotética pareja real de Portugal. Se entabló entre ellos una correspondencia político-amorosa, conservada en el Archivo de Simancas, que iba a servir para ganar partidarios, la visita del prior de Ocrato y el apoyo de Antonio Pérez. Cuando el “fingido rey Sebastián” vendió unas joyas que habían pertenecido a doña Ana en Valladolid, el alcalde de Corte de la Chancillería le mandó prender, siendo trasladado a la cárcel de Medina del Campo, donde habría de ser atendido espiritualmente por el mencionado jesuita Hernando de la Cerda. La ejecución se cumplió en 1595. Fray Miguel fue ahorcado en la Plaza Mayor de Madrid, atendido por franciscanos pero también por un jesuita, el padre Gaspar Pedrosa. Ana de Austria fue condenada por cuatro años en una celda primero del Convento de Nuestra Señora de Gracia en Ávila, siendo inhabilitada hasta que por una bula de Paulo V, ya en el siglo XVII, y por iniciativa de su primo Felipe III, fue perdonada, regresó a su convento de Madrigal y, finalmente, nombrada abadesa perpetua de Las Huelgas de Burgos a partir de 1611. Una decisión que no fue aceptada por unanimidad.

Después, la abadesa Ana de Austria se habría de encontrar con nuevos jesuitas, sobre todo cuando el padre Gaspar de la Figuera fue director espiritual de una monja muy estigmatizada —físicamente— de las Huelgas de Burgos y no muy bien aceptada por ésta su superiora y con la que se enfrentó abiertamente: Jacinta Antonia de Navarra. El padre de la Figuera no permaneció en silencio y elevó consultas, por ejemplo, al muy prestigioso autor jesuita Luis de La Puente. Por una parte, la abadesa impidió continuar a su súbdita con esta relación espiritual, por otra el provincial de Castilla prohibió cualquier tipo de comunicación. El tribunal compuesto por tres jueces eclesiásticos, la nueva consulta a un padre La Puente ya muy enfermo y la información del obispo auxiliar de Burgos, fray Melchor Rodríguez de Torres, fueron conformando el asunto. El mencionado Gaspar de la Figuera, que era entonces rector del colegio de Villagarcía en 1623, advertía contra las autoridades que resolvían a distancia. El periodo muy fructífero de gobierno de Ana de Austria como abadesa concluyó en 1629. Para algunos falleció en ese momento, mientras que otros consideraron que viajó a Sevilla e Italia. Lo paradójico es que Jacinta Antonia de Navarra llegó a ser abadesa de este monasterio entre 1653 y 1656, muriendo en la casa con fama de santidad.

13. MARÍA DE AUSTRIA Y EL COLEGIO IMPERIAL

Cerramos el círculo de la relación entre los jesuitas y los Habsburgo, en el ámbito peninsular con el regreso a Castilla, a su tierra de nacimiento, de María de Austria, ya como emperatriz viuda, acompañada de su hija Margarita –la que habría de convertirse en Margarita de la Cruz– viviendo ambas en las Descalzas Reales, el monasterio que había fundado su hermana Juana de Austria. Pretendía llegar a un reino “sin herejes” huyendo del ambiente de la Corte vienesa, tras ser crecientes las tensiones con su hijo el emperador Rodolfo II.

María de Austria representa muy bien el papel que desempeñaron las mujeres dentro de la dinastía de los Habsburgo¹⁰⁶, en concreto en este siglo XVI, con una estrategia geopolítica de gran notoriedad. Ella suavizó las tensiones que se plantearon, por razones religiosas, entre su hermano Felipe II –con el que mantuvo siempre la lealtad y miró por los intereses de la Monarquía de España– y su esposo Maximiliano II, el emperador. El matrimonio habían sido regentes en ausencia de Carlos V y de Felipe, aunque emprendieron viaje en 1551 con destino a sus nuevos territorios. Tras su boda en Valladolid el 15 de septiembre de 1548 –su marido ya se titulaba rey de Bohemia–, sus primeros hijos también nacieron en Castilla. La salida de España, por Barcelona, fue muy traumática por la amenaza de asalto por la tropa francesa. A la muerte del emperador Fernando I en 1564, su esposo fue elegido su sucesor (ya era rey de romanos) hasta su muerte doce años más tarde. Su vida como emperatriz estuvo condicionada por las tensiones y enfrentamientos religiosos de la Europa central de su tiempo. Su hermano llamó a sus dos hijos mayores (quince llegó a parir María de Austria), los archiduques Rodolfo (futuro emperador Rodolfo II) y Ernesto para poder educarlos según sus criterios, en un momento de problema sucesorio dinástico en Castilla. Finalmente, el rey Felipe se casó con su sobrina mayor Ana de Austria –hija y hermana de los anteriores–, matrimonio para el cual fue necesaria dispensa de Pío V, obtenida no sin dificultades. En aquella ocasión la acompañaban, no su madre como hubiese sido de su agrado, sino sus hermanos más pequeños, Alberto y Wenceslao, el primero de los cuales llegó a convertirse en yerno de Felipe II aunque antes fue cardenal de la Santa Cruz de Jerusalén y virrey de Portugal, además de arzobispo de Toledo y gobernador de los Países Bajos hasta que

¹⁰⁶ R. Mendes Silva, *Admirable vida y heroicas virtudes de aquel glorioso blasón de España, fragante azucena de la Cesárea Casa de Austria, y supremo timbre en felicidades argénteas de las más celebradas matronas, la esclarecida Emperatriz María, hija del siempre invicto Emperador Carlos V*, Madrid, 1655.

contrajo matrimonio con su prima hermana Isabel Clara Eugenia, hija predilecta del monarca castellano.

En 1581, María de Austria emprendió ese viaje hacia Castilla¹⁰⁷. No solo las tensiones mencionadas con su hijo sino también el deseo de reencontrarse con su hija Ana la motivaban pero la Reina murió prematuramente en Badajoz en 1580, cuando acompañaba a su esposo en el viaje para tomar posesión de la corona portuguesa. A la emperatriz viuda no solo la acompañaba su hija Margarita sino también el que había sido embajador de España ante la corte de Praga, hijo de Francisco de Borja, Juan de Borja, con el cargo para el viaje de mayordomo mayor. También al cortejo se integró el hijo del marqués de Castiglione, el que con el tiempo también habría de ser jesuita con el nombre de Luis Gonzaga y que se dirigía hacia Madrid para ser paje, junto con su hermano, del príncipe Diego de Austria, hijo de Felipe II.

Las etapas del viaje desde Praga fueron Viena, Graz, los Alpes que le condujeron a territorios italianos, la República de Venecia, Padua, encuentro con el arzobispo de Milán Carlos Borromeo –aunque no alcanzaron la ciudad lombarda–, Génova –puerto en el que se embarcaron en una flota comandada por uno de los vencedores de Lepanto, Gian Andrea Doria–, Marsella, la consiguiente tempestad en el golfo de León y el desembarco en Colliure, para encaminarse por tierra hacia Barcelona, tras tan mala experiencia de navegación en el Mediterráneo. Habría de ser el electo arzobispo de Sevilla, Rodrigo de Castro, el que tenía el encargo de traerlas hasta la Corte madrileña. Felipe II se encontraba en Lisboa pero no despreocupado con lo que sucedía con su hermana, por lo que se trasluce del epistolario que mantenía con sus hijas –tan estudiado por Fernando Bouza–. El monarca estaba al tanto del modo en que se recibía a su hermana, “Serenísima Emperatriz”. Nunca se tenía que utilizar el palio, reservado para Dios, con las personas de la familia real, aunque se encontrasen muy próximas al monarca. Continuaba éste en Lisboa cuando en enero de 1582 su hermana se encontró en el Real Sitio de El Pardo con los “niños reales”, desde Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, hasta los nietos que iba a conocer, el príncipe Diego y los infantes Felipe y María. El monarca estaba deseoso de noticias de cómo estaban sucediendo las cosas y así se las solicitaba a sus hijas mayores: “bien creo que no estará tan vieja como yo”¹⁰⁸.

¹⁰⁷ M^a. A. Pérez Samper, “El viaje a España de María de Austria”, en M^a L. Sánchez Hernández (ed.), *Mujeres en la Corte de los Austrias...*, pp. 223-248.

¹⁰⁸ F. Bouza Álvarez, *Cartas de Felipe II a sus hijas*, Madrid, 1998, p. 61.

Hacia Madrid, el camino era el monasterio de las Descalzas Reales, aunque tras descansar emprendió viaje a Portugal donde poder encontrarse con su hermano: “haciendo veintiséis años que no nos habíamos visto y aun en treinta y cuatro años solo dos veces nos hemos visto y bien pocos días en ellos”¹⁰⁹. Fueron meses de convivencia aunque el Rey contaba con el problema de buscar “otro yo” para Portugal y regresar a Castilla. La emperatriz no quiso aceptar aquel oficio y esa persona fue su hijo Alberto. De Madrid llegaron pésimas noticias con la muerte del príncipe Diego, heredero de la Corona. Problema sucesorio que abría la posibilidad de que Felipe II tuviese que contraer matrimonio con su sobrina Margarita, cuando ella deseaba profesar en religión. De regreso definitivo a la Corte madrileña, se detuvieron en San Lorenzo de El Escorial para mostrar Felipe II, a su hermana y sobrina, la construcción realizada. Tras su entrada en Madrid fue al monasterio de las Descalzas Reales¹¹⁰. Desde la primavera de 1583, su hija profesó y ella vivió retirada en la fundación de la princesa Juana de Austria, pero nunca aislada de los problemas que se planteaban a su familia, a la Casa dinástica, tanto en España como en Viena, incluso después de la muerte de su hermano. A su presencia en la Villa y Corte se atribuyó el traslado de esta última a Valladolid por impulso del duque de Lerma, su opositor, valido de su nieto y sobrino, el rey Felipe III.

Con respecto a su relación con los jesuitas, ya hemos dado algunas muestras de la importancia de la apertura de un colegio en Madrid, sobre todo cuando la villa del Manzanares se consolidaba en Corte. Tras la construcción de la casa en la calle de Toledo y la apertura del aula de Teología por Juana de Austria, la pieza clave y fundamental fue el testamento de la nueva vecina de Madrid, la emperatriz viuda María de Austria que, en estas últimas voluntades, dejó un importante legado al colegio. Por eso, desde 1609 estaríamos hablando del Colegio Imperial, el cual podía haber alcanzado una mayor proyección de la que tuvo si hubiese conseguido pleno éxito la fundación de los Estudios Generales o Reales de la Compañía de Jesús, una Universidad jesuítica en la Corte desde 1623, patrocinada por Felipe IV.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 68.

¹¹⁰ J. Carrillo, *Relación histórica de la Real Fundación del Monasterio de las Descalzas de Santa Clara de la villa de Madrid*, Madrid, 1616; Alfredo Alvar Ezquerro, “Intercambios culturales tangibles e intangibles. Algunos datos sobre la Emperatriz viuda María en Madrid, 1582-1603” en *Carolus. Homenaje a Friedrich Edelmayr, coordinado por Francisco Toro Ceballos*, 2017, pp. 21-36; Magdalena Sánchez, “Los vínculos de sangre: la Emperatriz María, Felipe II y las Relaciones entre España y Europa Central” en *Felipe II (1527-1598): Europa y la monarquía católica: Congreso Internacional Felipe II (1598-1998), Europa dividida, la monarquía católica de Felipe II*, vol. 1, tomo 2, 1998, pp. 777-794.

A la muerte de la que fue emperatriz, un 26 de febrero de 1603, la Villa fue la que comenzó a organizar los funerales y continuó, después, la Compañía, con una gran escenografía barroca. Honras que fueron oficiadas por el arzobispo de Zaragoza, Tomás de Borja y en las que predicaron los padres Juan Luis de la Cerda y Jerónimo de Florencia¹¹¹. Fueron un total de treinta y cinco mil misas a su bienhechora, sin que faltasen los poemas de los escritores en sus epitafios. Buena parte de su fortuna, como explica José Simón Díaz¹¹², se encontraba destinada a la Compañía de Jesús para que pudiese construir un edificio de nueva planta. No faltaron las controversias entre sus representantes y los herederos de María de Austria, sus hijos los archiduques Alberto y Maximiliano de Austria y el que iba a ser emperador Matías del Sacro Imperio, sucesor de Rodolfo II. La sentencia de Fernando Carrillo databa de 1609 y en ella se establecía que la que fue emperatriz había sido “patrona, dotadora y fundadora” del Colegio, por lo que los jesuitas contaban con la obligación de decirle cuatro misas diarias y una solemne anual; con una tabla en la sacristía para especificar los sufragios que se desarrollaban; que al construirse el nuevo edificio e iglesia, en el lado derecho de la capilla mayor, habría de ser establecida una estatua de María de Austria con la apariencia que tenía en 1589 cuando decidió realizar esta fundación, sin olvidar los escudos con la memoria del patronato. Esta misma sentencia publicada establecía que el nuevo nombre de la casa era Colegio Imperial; se fijaba el modo en que habrían de irse percibiendo las rentas correspondientes y se otorgaba la escritura de fundación y donación del Colegio. Las controversias y reclamaciones no solo se extendieron en esta última centuria¹¹³ sino también al siglo XVIII, con pleitos y retrasos en la percepción del dinero que se reflejaron en la plasmación material de estos deseos fundacionales.

* * * *

¹¹¹ *Libro de las Honras que hizo el Colegio de la Compañía de Jesús de Madrid a la M.C. de la Emperatriz D^a María de Austria... a 21 de abril de 1603*, dirigido a la infanta Margarita de la Cruz, en las Descalzas, Madrid, Luis Sánchez, 1603; J. Sebastián Lozano, “Emblemas para una Emperatriz muerta. Las honras madrileñas de la Compañía por María de Austria”, en R. García Mahiques y Vicent Francesc Zuriaga (eds.), *Imagen y cultura. La interpretación de las imágenes como Historia cultural*, Valencia, 2008, pp. 1453-1462.

¹¹² J. Simón Díaz, *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, Madrid, 1952; Biblioteca Real Academia de la Historia, Jesuitas, sign. 9/3661 y 9/3669.

¹¹³ *Por el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús de esta Corte, en el pleito con los señores testamentarios de la... Emperatriz Doña María de Austria: sobre la inteligencia y observancia de la Escritura de Concordia, otorgada... en 13 de agosto de 1628 y del acuerdo celebrado en 14 de octubre de 1635...*, Madrid, s.n., 1630.

Así pues, este primer capítulo de las relaciones entre la Compañía y los primeros Habsburgo –especialmente los vinculados con Carlos V y sus hijos, sobre todo sus hijas– podemos hacerla llegar hasta 1572, al momento de la muerte de Francisco de Borja, a la elección como nuevo prepósito general, no de Juan de Polanco (secretario de los tres anteriores, Ignacio, Laínez y Borja) sino de Everardo Mercuriano, nacido dentro de los límites de la Monarquía pero no español. Todo ello desencadenará un conflicto interno dentro de la Compañía en estos reinos, a través de los llamados memorialistas, ese conflicto del llamado “nacionaljesuitismo” que estudió adecuadamente Ricardo García Cárcel¹¹⁴. Al mismo tiempo, en 1573 fallecía también Juana de Austria. Tanto Borja como la que había sido princesa regente fueron los protagonistas de este tiempo anterior que hemos venido analizando, entre 1540 y 1573. Los nuevos hitos de la relación entre la Compañía y la dinastía de los Habsburgo estuvieron marcados por la emperatriz María de Austria y el Colegio Imperial –con el que hemos concluido este análisis–; las relaciones entre un jesuita inglés llamado Robert Persons (vemos a una Compañía más universal y con una proyección dentro de la lucha entre las Monarquías atlánticas¹¹⁵) y el monarca Felipe II, además de la fundación de los Colegios de Ingleses; la consolidación de la llegada a las Indias que tan solo hemos visto iniciar; todo ello antes de la llegada de un nuevo reinado protagonizado por tres intensos nombres en la relación con los Habsburgo: Felipe III, su esposa Margarita de Austria y el duque de Lerma, nieto de Francisco de Borja. En ese momento, en 1622, se produjo la canonización de los santos Ignacio de Loyola y Francisco Javier, con el apoyo inicial de Felipe II en contraposición de lo que trataron de capitalizar para este horizonte Enrique IV de Francia y su esposa María de Médicis¹¹⁶. Un tercer momento será el propio de Felipe IV, el conde duque de Olivares, Mariana de Austria y su cercano confesor, el padre Nithard. De esta manera, la dimensión y visión privilegiada de los jesuitas para con-

¹¹⁴ R. García Cárcel, “La crisis de la Compañía de Jesús en los últimos años del reinado de Felipe II (1585-1598)” en *La monarquía de Felipe II a debate*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 383-404.

¹¹⁵ J. Burrieza Sánchez, “La Compañía de Jesús y la defensa de la Monarquía Hispánica”, *Hispania Sacra*, 121, pp. 181-229, y “Los misioneros de la restauración católica: la formación en los colegios ingleses”, en *Études Réunies. Missions d'Évangélisation et Circulation des Savoirs XVI-XVIII siècle*, Madrid, 2011, pp. 87-112.

¹¹⁶ E. Jiménez Pablo, “La canonización de Ignacio de Loyola (1622), lucha de intereses entre Roma, Madrid y París”, *Chronica Nova*, 42 (2016), pp. 79-102; R. García Mateo y J. Burrieza Sánchez, “Yo te seré propicio en Roma”. Ignacio de Loyola, la santidad y la construcción del santo”, *Anuario de Historia de la Iglesia*, 29 (2020), pp. 159-194.

templar a los Habsburgos, dinastía que define la estrategia geopolítica de Europa, se muestra clara a lo largo de toda la hegemonía de la Monarquía católica¹¹⁷.

¹¹⁷ J. J. Lozano Navarro, *La Compañía de Jesús y el Poder en la España de los Austrias*, Madrid, 2005.